ALMANAQUE

SUD-AMERICANO

Casimiro Prieto y Valdés

ALMANAQUE

SUD-AMERICANO

PARA EL AÑO

1892



DO

MONTEVIDEO
ANDRÉS RIUS
SORIANO, 127



COLABORADORES

del Almanaque en 1892

SEÑORAS

Juana Manuela Gorriti, Lastenia Larriva de Llona, Amalia Puga y Blanca de los Ríos

SEÑORES

Amicis, Andrade, Arreguire, Balart, Bares, Berisso, Calcaño, Calzada, Campoamor, Castelar, Cané, Castellanos, Costa, Crespo, Egózcue, Estremera, García Mérou, García Velloso, Gautier, González Prada, Granada, Gras y Elías, Guido Spano, Huguet y Campañá, Jordán, López Benedito, Llona, Malagarriga, Mármol, Matta, Mendes (Cátulo), Méndez (Gervasio), Menéndez Pelayo, Monner Sans, Montes, Oller, Opisso, Ossorio y Gallardo, Palacio (Manuel del), Palacios (Pedro B.), Palma (Ricardo), Pedrell, Peza, Pombo, Reina, Roxlo, Rueda, Ruiz (Eduardo B.), Segovia Rocaberti, Solar, Valbuena, Villafañe, etc., etc.

ARTISTAS

Cabrinety, Llovera, Mestres, Pellicer, Planas y Ross

ÍNDICE LITERARIO

ÍNDICE ARTÍSTICO

CABRINETY (F.)

LLOVERA (José)

MESTRES (Apeles)

PELLICER (J. L.)

PLANAS (Eusebio)

ROSS (Paciano)



Casimiro Prieto Valdés

DIRECTOR DEL

ALMANAQUE SUD-AMERICANO

CASIMIRO PRIETO

¡Cayó por fin!

Es decir, capituló ante las exigencias de sus amigos, los ruegos de los editores del ALMANAQUE y la pública curiosidad que pedían á todo trance la solemne exhibición de sus rasgos fisionómicos.

Porque, sépase que la adquisición del retrato de Casimiro Prieto significa una verdadera batalla, repetición de muchas otras libradas de varios años á esta parte, en que él había salido vencedor por el sencillo método de esconder su cara, como si fuese un tesoro atestado de perlas y de diamantes; pero en ésta, él fué el vencido; nosotros éramos muchos y él... uno solo.

Era imposible, absurdo, que no se confirmase una vez más aquello de

Vinieron los sarracenos
y nos molieron á palos...

Y aunque no seamos malos, ni sarracenos, salva nuestra perdurable tendencia hacia el sistema conyugal que impera allá por el Oriente, ni se sabe que á Prieto le hayan dado ninguna paliza, lo cierto es que poseemos su *vera efigie* y que sale en el ALMANAQUE para que sepan todos qué cara tiene ese eterno regocijador de espíritus melancólicos é implacable perseguidor de suegras empedernidas.

Debo, sin embargo, hacer constar una de las bases de la capitulación, porque no es del todo exacto que los vencedores hayamos conseguido la *vera efigie* de Prieto: él se rindió á medias... y se entregó de perfil.

No obstante, es él; á la legua se le conoce; ese es Prieto, el nacido en Reus, donde hizo sus primeros estudios, llevando admirablemente sus cuarenta años, con su rostro eternamente serio, pero siempre agradable y afectuoso; sus invariables y clásicas patillas y su mirada inteligente y observadora.

Porque Prieto es así: serio como él solo. Nadie diría, al hablar con él, salvo por los golpes de ingenio con que de cuando en cuando matiza su conversación, que tiene delante á ese espíritu travieso, chispeante, verdaderamente fecundo, cuyos trabajos humorísticos dados á luz de más de veinte años á esta parte y esparcidos en periódicos, revistas, libros y folletos, formarían no menos de treinta gruesos volúmenes.

Y sentado esto, á lo que quiero agregar, aunque le duela, que si hay caracteres excelentes y espíritus buenos, Casimiro Prieto debe figurar entre los mejores, ¿qué he de decir yo de este popularísimo escritor que no sepa todo el mundo?

Sin embargo, algo hay que no todos saben, sino los que tenemos el placer de tratarle íntimamente. Por ejemplo: el primer periódico en que escribió allá en España, siendo todavía un muchacho, se titulaba *El Crepúsculo*. Era un semanario lleno de ingenio y de excelentes trabajos literarios, que Prieto fundó en unión con el malogrado é inspiradísimo poeta Joaquín M. Bartrina.

Por cierto que en aquella publicación colaboró también con la pluma y con el lápiz el más tarde celebrado pintor y dibujante José Llovera, cuyos hermosos trabajos artísticos han podido admirar más de una vez los lectores del ALMANAQUE SUD-AMERICANO.

A su llegada al país, hace ya próximamente veinticuatro años, empezó á demostrar sus envidiables condiciones como escritor humorístico.

Durante muchos años, el infatigable Prieto tuvo á su cargo

una sección, buscada siempre con avidez por el público, en *La Nación*, *La Prensa* y *El Nacional*.

Escribió también durante varios años para *El Correo Español;* fué uno de los fundadores y dirigió el diario *La Prensa Española,* y actualmente escribe una sección humorística en *El Sud-Americano,* seguramente la mejor revista ilustrada que haya visto la luz en el Río de la Plata.

Prieto es, además, autor de algunas obras teatrales, entre ellas las tituladas *Receta contra la crisis,* que se representó con extraordinario éxito, *El sombrero de don Adolfo* y *La emancipación de la mujer*.

Pero su verdadera obra, aquella de que él puede con más justicia ufanarse, es la fundación y popularización de este ALMANAQUE, con cuyo nombre disfraza todos los años un hermoso Álbum artístico-literario, que difícilmente ha de conocer rivales en su género.

Y puesto que de este libro se trata, justo es consignar aquí también el nombre del activo é inteligente editor don Ramón Espasa, quien acogiendo con verdadero entusiasmo la idea de Prieto, la llevó al terreno de la práctica de la manera brillante que el público ha podido apreciar, atento más al éxito artístico y literario de la publicación, que á los intereses de empresa.

¿Y qué he de decir yo del ALMANAQUE, la afortunada creación de Prieto, con sus diez y seis años de próspera y brillante vida, cuando al pasar sus ojos por estos renglones, lo tiene el lector entre sus manos?

Por de pronto, en él se confunden todos los años, en noble y amenísimo consorcio, escritores americanos y escritores españoles, viniendo á ser de esa manera el *Almanaque de Prieto,* como le llama todo el mundo, una hermosa personificación de la solidaridad del pensamiento hispano-americano.

Y esta circunstancia, de mayor alcance social de lo que á primera vista parece, siempre constituirá por sí sola un timbre de honor para el nombre del fundador del ALMANAQUE SUD-AMERICANO.

Pero he aquí cómo, sin querer, quien empezó con el propósito de no decir casi nada acerca de Casimiro Prieto, lo ha dicho casi todo.

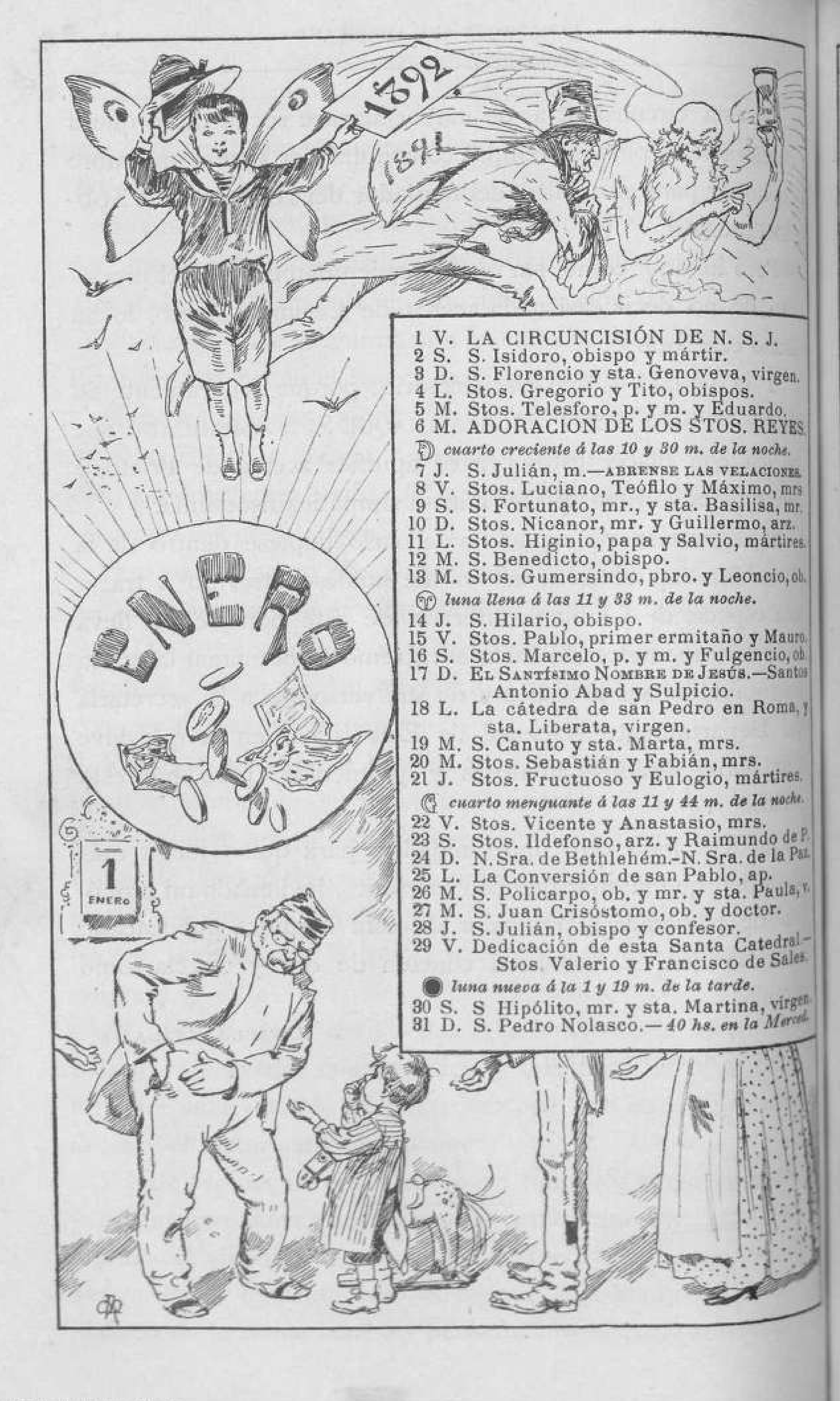
Y la verdad es que era necesario; porque seguramente no habrá un solo lector del ALMANAQUE SUD-AMERICANO que no lea con placer estos breves apuntes acerca de Prieto, y que no vea con más placer aún su simpática fisonomía.

Si dispusiese de espacio y el caso cupiese dentro de la consabida capitulación, tal vez me hubiese atrevido á trazar una especie de semblanza literaria de este hombre que lleva su heroísmo intelectual hasta el extremo de hermanar la gracia inagotable de sus artículos y de sus versos, con la secretaría del Departamento Nacional de Estadística, en la que vive feliz entre estados, números y promedios; pero me está vedado.

Quédese para otra oportunidad y para quien tenga más autoridad que la mía: que con lo escrito, he llenado mi propósito de presentar al fundador de esta hermosa publicación, como lo que es, como un corazón de oro y un clarísimo ingenio.

RAFAEL CALZADA.

Buenos Aires, Junio, 1891.



1 V. LA CIRCUNCISIÓN DE N. S. J.
2 S. S. Isidoro, obispo y mártir.
3 D. S. Florencio y sta. Genoveva, virgen.
4 L. Stos. Gregorio y Tito, obispos.
5 M. Stos. Telesforo, p. y m. y Eduardo.
6 M. ADORACION DE LOS STOS. REYES.

cuarto creciente á las 10 y 30 m. de la noche.

7 J. S. Julián, m.—ABRENSE LAS VELACIONES.
8 V. Stos. Luciano, Teófilo y Máximo, mrs.
9 S. S. Fortunato, mr., y sta. Basilisa, mr.
10 D. Stos. Nicanor, mr. y Guillermo, arz.
11 L. Stos. Higinio, papa y Salvio, mártires.
12 M. S. Benedicto, obispo.
13 M. Stos. Gumersindo, pbro. y Leoncio, ob.

luna llena á las 11 y 33 m. de la noche.

14 J. S. Hilario, obispo.
15 V. Stos. Pablo, primer ermitaño y Mauro.
16 S. Stos. Marcelo, p. y m. y Fulgencio, ob.
17 D. EL SANTÍSIMO NOMBRE DE JESÚS.—Santos Antonio Abad y Sulpicio.
18 L. La cátedra de san Pedro en Roma, y sta. Liberata, virgen.
19 M. S. Canuto y sta. Marta, mrs.
20 M. Stos. Sebastián y Fabián, mrs.
21 J. Stos. Fructuoso y Eulogio, mártires.

cuarto menguante á las 11 y 44 m. de la noche.

22 V. Stos. Vicente y Anastasio, mrs.
23 S. Stos. Ildefonso, arz. y Raimundo de P.
24 D. N. Sra. de Bethlehém.-N. Sra. de la Paz.
25 L. La Conversión de san Pablo, ap.
26 M. S. Policarpo, ob. y mr. y sta. Paula, v.
27 M. S. Juan Crisóstomo, ob. y doctor.
28 J. S. Julián, obispo y confesor.
29 V. Dedicación de esta Santa Catedral.—Stos. Valerio y Francisco de Sales.

luna nueva á la 1 y 19 m. de la tarde.

30 S. S Hipólito, mr. y sta. Martina, virgen.
31 D. S. Pedro Nolasco.—*40 hs. en la Merced.*



1 L. Stos. Cecilio é Ignacio, ob. y mr.
2 M. LA PURIFICACION DE NTRA. SRA.
3 M. Stos. Blas, ob. y Laurentino, mrs.
4 J. Stos. Andrés Corsino, ob. y Donato.
5 V. S. Albino, ob. y sta. Agueda, virgen.

cuarto creciente á las 7 y 7 m. de la mañana.

6 S. Stos. Teófilo y Saturnino, mártires.
7 D. Stos. Romualdo, abad, y Ricardo, rey.
8 L. Stos. Juan de Mata, Lucio y Ciriaco.
9 M. S. Alejandro, mr. y sta. Polonia.
10 M. Stos. Ireneo, Amancio y Escolástica.
11 J. Stos. Félix, mr., y Saturnino, papa.
12 V. Stos. Damián y Modesto, y sta. Eulalia.

luna llena á las 3 y 51 m. de la tarde.

13 S. S. Benigno, mr., y sta. Catalina, vr.
14 D. *De Septuagésima.* — S. Valentín, pb.
15 L. S. Faustino y sta. Jovita, mártires.
16 M. *La Oración de N. S. J. C. en el Monte Olivete.* —Stos. Gregorio, p. y Elías, profeta.
17 M. Stos. Rómulo, mártir y Julián.
18 J. Stos. Simeón ob. y Claudio, mrs.
19 V. Stos. Gavino y Marcelo, mrs.
20 S. Stos. Eleuterio, ob. y Nemesio, mrs.

cuarto menguante á las 8 y 13 m. de la noche.

21 D. *De Sexagésima.* — Stos. Félix, ob. y Fortunato, mr.
22 L. La cátedra de s. Pedro en Antioquía y sta. Margarita.
23 M. *La Conmemoración de la Pasión de N. S. J. C.* —Stos. Pedro Damián, y Policarpo.
24 M. Stos. Matías, apóstol, y Modesto.
25 J. S. Sebastián.
26 V. N. Sra. de Guadalupe. — S. Alejandro.
27 S. S. Baldomero, cfr.
28 D. *De Quincuagésima.—Ind. de 40 h. en las Catalinas.*— S. Justo, mr.— CARNAVAL.

luna nueva á las 12 y 53 m. de la noche.

29 L. Stos. Cayo y Serapión mrs.



1 M. S. Rudesindo, ob. — C. LAS VELACIONES.
2 M. CENIZA.—*Abs. y ayuno.*—S. Heraclio, mr.
—*Principia el ayuno cuaresmal.*
3 J. Stos. Hemeterio y Celedonio, mrs.
4 V. *Abstinencia.*— S. Casimiro, cfr.— La Sagrada Corona de Espin. de N. S. J. C.
5 S. Stos. Adrián y Eusebio, mártires.
cuarto creciente á las 4 y 27 m. de la tarde.
6 D. *1.º de Cuaresma.*—S. Olegario, ob.
7 L. Sto. Tomás de Aquino.
8 M. S. Juan de Dios.
9 M. *Témporas.*—Sta. Francisca Romana, v.
10 J. S. Melitón y los 40 mártires.
11 V. *Témp.-Abst.*-Lanza y Clavos de N. S. J. C.
12 S. *Témporas.*—S. Gregorio.
13 D. *2.º de Cuaresma.*—S. Leandro.
luna llena á las 9 y 17 m. de la mañana.
14 L. Stas. Florentina, vrg. y Matilde, reina.
15 M. S. Raimundo, abad.
16 M. Sta. Isabel, madre de s. Juan Bautista.
17 J. S. Patricio y sta. Gertrudis.
18 V. *Abs.*—La Sta. Sábana de N. S. J. C.
19 S. ✠ EL PATRIARCA S. JOSE.
20 D. *3.º de Cuaresma.*—S. Braulio.
21 L. S. Benito abad. OTOÑO.
cuarto menguante á la 1 y 17 m. de la tarde.
22 M. Stos. Deogracias, ob. y Octaviano.
23 M. S. Victoriano y sta. Teodosia, mr.
24 J. Stos. Agapito, ob. y Dionisio.
25 V. *Abst.* — ENCARNACION DE N. S. J. C.
—Las Cinco Llagas de N. S. J. C.
26 S. Stos. Manuel y Braulio, ob.
27 D. *4.º de Cuaresma.*—S. Ruperto, ob. y cf.
28 L. Stos. Sixto, papa y Doroteo, mr.
luna nueva á las 10 y 27 m. de la mañana.
29 M. Stos. Cirilo y Pastor.
30 M. S. Juan Climaco.
31 J. S. Benjamin y santa Balbina.



1 V. *Abst.*—La Sma. Sangre de N. S. J. C. —Imp. de las llagas de sta. Catalina.
2 S. S. Francisco de Paula.— Reseña.
3 D. De Pasión.—Traslación de las reliquias de santa Rosa de Lima. — Reseña.
4 L. S. Isidoro, arzobispo.

cuarto creciente á las 3 y 8 m. de la mañana.

5 M. San Vicente Ferrer y sta Irene.
6 M. Stos Sixto, p. y mártir y Celestino.
7 J. Stos. Epifanio y Rufino.
8 V. *Abst.*—Los siete Dolores de María Sma.
9 S. Stas. Casilda y María Cleofé.—Reseña.
10 D. De Ramos. - S. Ezequiel. —Reseña.
11 L. Santo.—Stos. León, dr. y Felipe, papa.
12 M. Santo.—Stos. Julio, papa y Victor, mr.

luna llena á las 2 y 43 m. de la mañana.

13 M. Santo.— S. Hermenegildo.—*Ayun. y abst. hasta el Sábado Santo inclusive.*— Reseña.
14 J. Santo.— S. Pedro G. Telmo.
15 V. Santo.— S. Máximo y sta. Anastasia.
16 S. Santo.—S. Toribio de Liébana, obispo.
17 D. Pascua de Resurrecc.— S. Aniceto, p. y B. María A. de J.—*40. h. en Montserrat.*
18 L. S. Eleuterio, obispo y mártir.
19 M. Stos. Jorge, obispo y Vicente.
20 M. S. Serviliano, mártir y sta. Inés.

cuarto menguante á las 2 y 17 m. de la mañana.

21 J. S. Anselmo, ob. y s. Simeón, ob. y mr.
22 V. Stos. Sotero, Cayo, p. y mrs. y Teodoro.
23 S. Stos. Jorge, Gerardo y Fortunato, ms.
24 D. De Cuasimodo.—S. Honorio, ob.
25 L. S. Marcos.—*L. mayores.*—A. las velac.
26 M. Stos. Cleto y Marcelino, p. y mr.

luna nueva á las 6 y 47 m. de la tarde.

27 M. Stos. Toribio, arz., y Pedro Armengol.
28 J. Stos. Prudencio, Vital y sta. Valeria.
29 V. Stos. Pedro, mártir y Paulino, obispo.
30 S. Sta. Catalina de Sena.-*Ind. 40 h. en su igl.*



1 D. Stós. Felipe y Santiago, apóstoles.
2 L. Stos. Anastasio, ob. y Celestino, mr.
3 M. La Inv. de la Sma. Cruz y s. Alejandro.

cuarto creciente á las 3 y 41 m. de la tarde.

4 M. S. Silvano, ob. y sta. Mónica.
5 J. S. Pío V y la Conversión de s. Agustín.
6 V. El martirio de s. Juan Evangelista.
7 S. Stos. Benedicto y Estanislao.
8 D. EL PATROCINIO DE SAN JOSÉ.—Aparición de s. Miguel arcángel.
9 L. S. Gregorio Nacianceno, ob. y doctor.
10 M. Stos. Antonio, arzobispo y Cirilo, mr.
11 M. Stos. Mamerto, obispo y Fabio, mr.

luna llena á las 7 y 13 m. de la tarde.

12 J. Sto. Domingo de la Calzada.
13 V. Stos. Segundo y Pedro Regalado.
14 S. Stos. Sabino y Bonifacio, mártires.
15 D. N. SRA. DE LUJAN.—S. Isidro labrad.
16 L. *Abst. y ay.*—Stos. Ubaldo y Peregrino.
17 M. S. Pascual Bailón y sta. Restituta, v. m.
18 M. Stos. Venancio y Félix de Cantalicio.
19 J. S. Pedro Celestino y sta. Prudencia, v.

cuarto menguante á las 11 y 31 m. de la mañana.

20 V. S. Bernardino de Sena.
21 S. S. Timoteo, obispo y mártir.
22 D. Stas. Rita de Casia y Quiteria, v. y m.
23 L. *Rogac.*—Stos. Desiderio, ob. y Vicente.
24 M. *Rogac.*—Stas. Afra y Susana, mártires.
25 M. *Rogac.*—Stos Gregorio VII y Urbano—FIESTA CIVICA.
26 J. ✠ LA ASCENSION DEL SEÑOR.—Stos. Felipe Neri y Heraclio, mártir.

luna nueva á las 2 y 31 m. de la mañana.

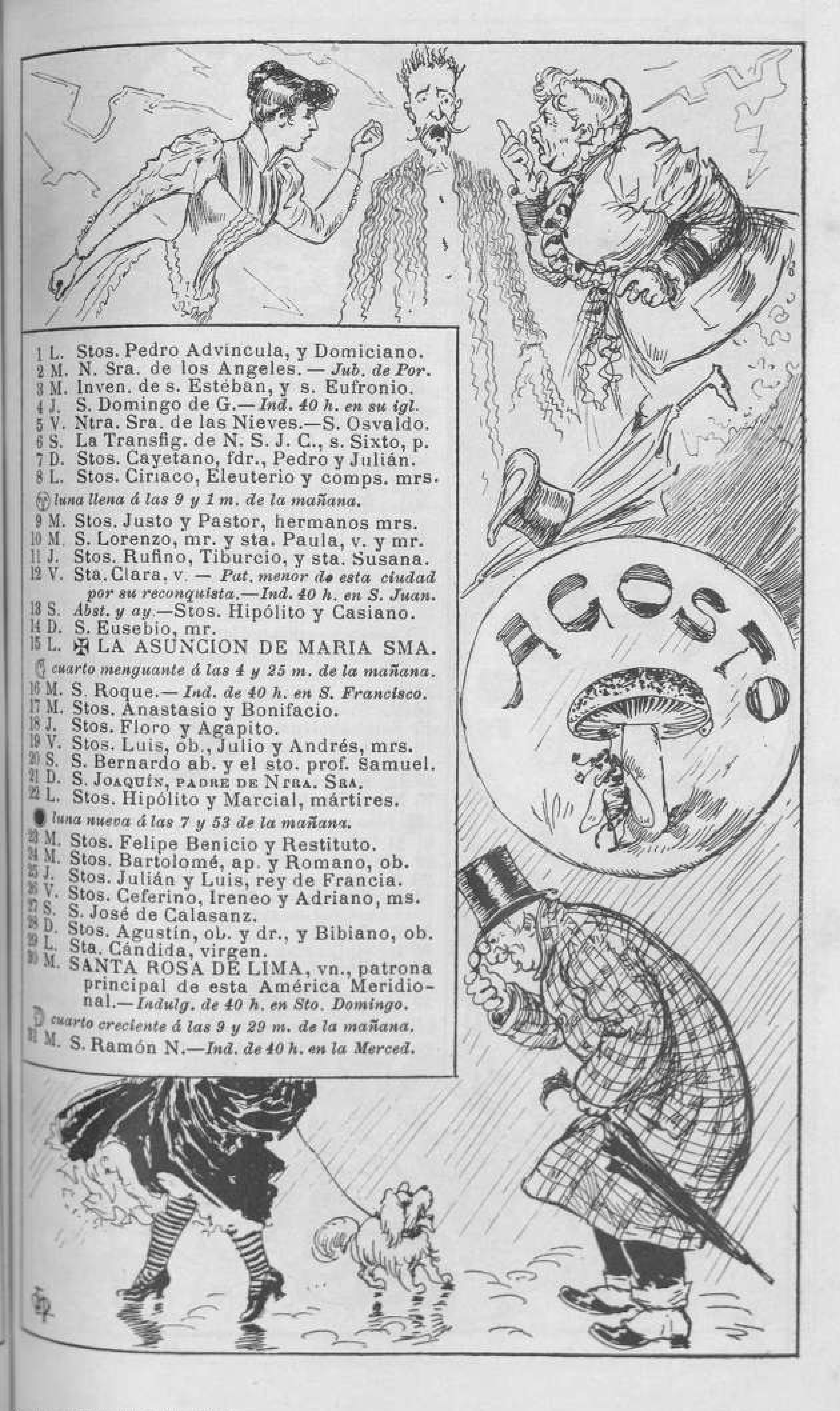
27 V. S. Juan, papa y mártir.
28 S. Stos. Justo, Germán y Emilio, mrs.
29 D. Stos. Máximo, ob. y Alejandro, mr.
30 L. Stos. Fernando, rey y Félix, papa.
31 M. Sta. Angela de Merici.



1 M. Stos. Segundo y Fortunato.
2 J. S. Marcelino y compañeros, mártires.
cuarto creciente á las 6 y 9 m. de la mañana.
3 V. S. Isaac, conf. y santa Paula, virgen.
4 S. *Abst. y Ay.*—S. Francisco Caracciolo.
5 D. PASCUA DEL ESP. STO.-*40 h. en Mont.*
6 L. S. Norberto, ob. y sta. Paulina, mr.
7 M. Stos. Pablo, ob., Pedro y comps. mrs.
8 M. *Témp y ay.*—S. Salustiano.
9 J. Stos. Primo y Feliciano, mártires.
10 V. *Témp. y ay.*—S. Zacarías y sta. Margar.
luna llena á la 9 y 43 m. de la mañana.
11 S. *Témps. y ay.*—S. Bernabé, apóstol.
12 D. SANTÍSIMA TRINIDAD.—*Titul. de esta archidiócesis.—Ind. de 40 h. en la Catedral.*
13 L. S. Antonio de Padua.
14 M. Stos. Basilio, ob. y dr. y Elíseo, prof.
15 M. Stos. Vito y Modesto, mártires.
16 J. ✠ CORPUS CHRISTI.—S. Aureliano.
17 V. Stos. Manuel, Nicandro y Marciano.
cuarto menguante á las 6 y 10 m. de la tarde.
18 S. Stos. Ciriaco, Marcos y sta. Paula, ms
19 D. Stos. Gervasio, Protasio y Juliana, vn.
20 L. Sta. Florentina, virgen.
21 M S. Luis Gonzaga.—*Ind. plen. por asistir á la misa solemne que se celebra en honor del santo en la iglesia Catedral.* INVIERNO.
22 M. Stos. Paulino, ob., Albano y Fabio, m.
23 J. *Ayuno.*—Stos. Zenón y Apolinario.
24 V. LA NATIVIDAD DE S. JUAN B.—SAG. CORAZÓN DE JESÚS.—*40 h. en San Ign.*
luna nueva á la 10 y 47 m. de la mañana.
25 S. Stos. Eloy, obispo y Guillermo, abad.
26 D. EL PURÍSIMO CORAZÓN DE MARÍA.
27 L. Stos. Zoilo, mr. y Ladislao, rey.
28 M. *Abst. y ay.*—Stos. León, p. é Ireneo, ob.
29 M. S. PEDRO Y S. PABLO.-*40 h. en la Cat.*
30 J. Conm. de s. Pablo ap. y sta. Emiliana.



1 V. Stos. Secundino y Casto, obs. y Julio.
cuarto creciente á las 10 y 21 m. de la noche.
2 S. N. Sra. de los Desamp.—*40 h. en S. Nic. B.*
3 D. La Sma. Sangre de N. S. J. C.- S. Ireneo.
4 L. S. Laureano.
5 M. La Trasl. de las reliq. de nuestro patrón s. Martín, y s. Miguel de los S.
6 M. S. Rómulo, ob. y el S. profeta Isaías.
7 J. Stos. Fermín, Claudio y Sinforiano, ms.
8 V. Sta. Isabel, reina de Portugal.
9 S. S. Cirilo. — FIESTA CIVICA.
luna llena á las 10 y 13 de la noche.
10 D. Stos. Januario, Félix y Felipe, ms.
11 L. Stos. Pío, papa y Cipriano, mártires.
12 M. Stos. Juan Gualberto ab. y Félix, mr.
13 M. S. Anacleto, papa y mártir.
14 J. Stos. Buenaventura, ob. y Cirilo, mr.
15 V. S. Enrique, emperador.
16 S. El Triunfo de la Sma. Cruz.—Nuestra Sra. del Carmen.—*Ind. 40 h. en Montserrat, la Concepción, Teresos y Cármen.*
cuarto menguante á las 11 y 22 m. de la noche.
17 D. S. Alejo, stas. Donata y Segunda, ms.
18 L. S. Camilo de Lelis, f., y sta Sinforosa.
19 M. S. Vicente de Paul, stas. Justa y Rufina.
20 M. Stos. Jerónimo y Elías, prof.
21 J. Stos. Víctor y Feliciano, mártires.
22 V. Sta. María Magdalena y s. Teófilo.
23 S. Stos. Apolinario, ob. y mr. y Liborio.
luna nueva á las 8 y 17 m. de la noche.
24 D. S. Francisco Sol.
25 L. Santiago, ap., y sta. Valentina.
26 M. Santa Ana, madre de Ntra. Sra.
27 M. Stos. Pantaleón y Sergio, mrs.
28 J. Stos. Inocencio, p., Nazario y Acacio.
29 V. Sta. Marta, virgen y s. Faustino, mr.
30 S. Stos. Abdón, y Senén, mrs.
31 D. S. Ignacio de Loyola.—*Ind. 40 h. en su igl.*
cuarto creciente á las 3 y 48 m. de la tarde.



1 L. Stos. Pedro Advincula, y Domiciano.
2 M. N. Sra. de los Angeles. — *Jub. de Por.*
3 M. Inven. de s. Estéban, y s. Eufronio.
4 J. S. Domingo de G.—*Ind. 40 h. en su igl.*
5 V. Ntra. Sra. de las Nieves.—S. Osvaldo.
6 S. La Transfig. de N. S. J. C., s. Sixto, p.
7 D. Stos. Cayetano, fdr., Pedro y Julián.
8 L. Stos. Ciriaco, Eleuterio y comps. mrs.

luna llena á las 9 y 1 m. de la mañana.

9 M. Stos. Justo y Pastor, hermanos mrs.
10 M. S. Lorenzo, mr. y sta. Paula, v. y mr.
11 J. Stos. Rufino, Tiburcio, y sta. Susana.
12 V. Sta. Clara, v. — *Pat. menor de esta ciudad por su reconquista.—Ind. 40 h. en S. Juan.*
13 S. *Abst. y ay.*—Stos. Hipólito y Casiano.
14 D. S. Eusebio, mr.
15 L. ✠ LA ASUNCION DE MARIA SMA.

cuarto menguante á las 4 y 25 m. de la mañana.

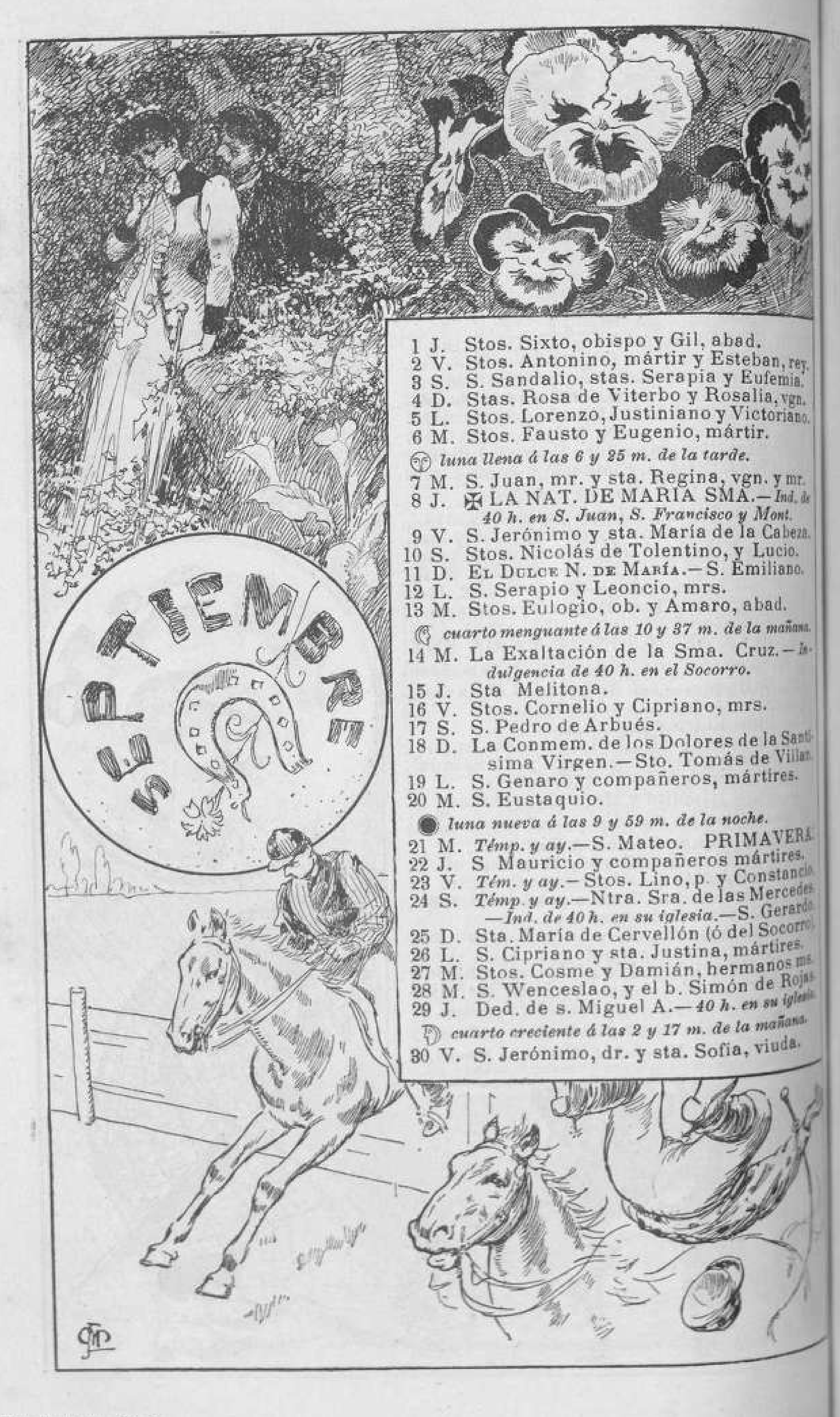
16 M. S. Roque.— *Ind. de 40 h. en S. Francisco.*
17 M. Stos. Anastasio y Bonifacio.
18 J. Stos. Floro y Agapito.
19 V. Stos. Luis, ob., Julio y Andrés, mrs.
20 S. S. Bernardo ab. y el sto. prof. Samuel.
21 D. S. Joaquín, padre de Ntra. Sra.
22 L. Stos. Hipólito y Marcial, mártires.

luna nueva á las 7 y 53 de la mañana.

23 M. Stos. Felipe Benicio y Restituto.
24 M. Stos. Bartolomé, ap. y Romano, ob.
25 J. Stos. Julián y Luis, rey de Francia.
26 V. Stos. Ceferino, Ireneo y Adriano, ms.
27 S. S. José de Calasanz.
28 D. Stos. Agustín, ob. y dr., y Bibiano, ob.
29 L. Sta. Cándida, virgen.
30 M. SANTA ROSA DE LIMA, vn., patrona principal de esta América Meridional.—*Indulg. de 40 h. en Sto. Domingo.*

cuarto creciente á las 9 y 29 m. de la mañana.

31 M. S. Ramón N.—*Ind. de 40 h. en la Merced.*



1 J. Stos. Sixto, obispo y Gil, abad.
2 V. Stos. Antonino, mártir y Esteban, rey.
3 S. S. Sandalio, stas. Serapia y Eufemia.
4 D. Stas. Rosa de Viterbo y Rosalia, vgn.
5 L. Stos. Lorenzo, Justiniano y Victoriano.
6 M. Stos. Fausto y Eugenio, mártir.

luna llena á las 6 y 25 m. de la tarde.

7 M. S. Juan, mr. y sta. Regina, vgn. y mr.
8 J. ✠ LA NAT. DE MARÍA SMA.—*Ind. de 40 h. en S. Juan, S. Francisco y Mont.*
9 V. S. Jerónimo y sta. María de la Cabeza.
10 S. Stos. Nicolás de Tolentino, y Lucio.
11 D. El Dulce N. de María.—S. Emiliano.
12 L. S. Serapio y Leoncio, mrs.
13 M. Stos. Eulogio, ob. y Amaro, abad.

cuarto menguante á las 10 y 37 m. de la mañana.

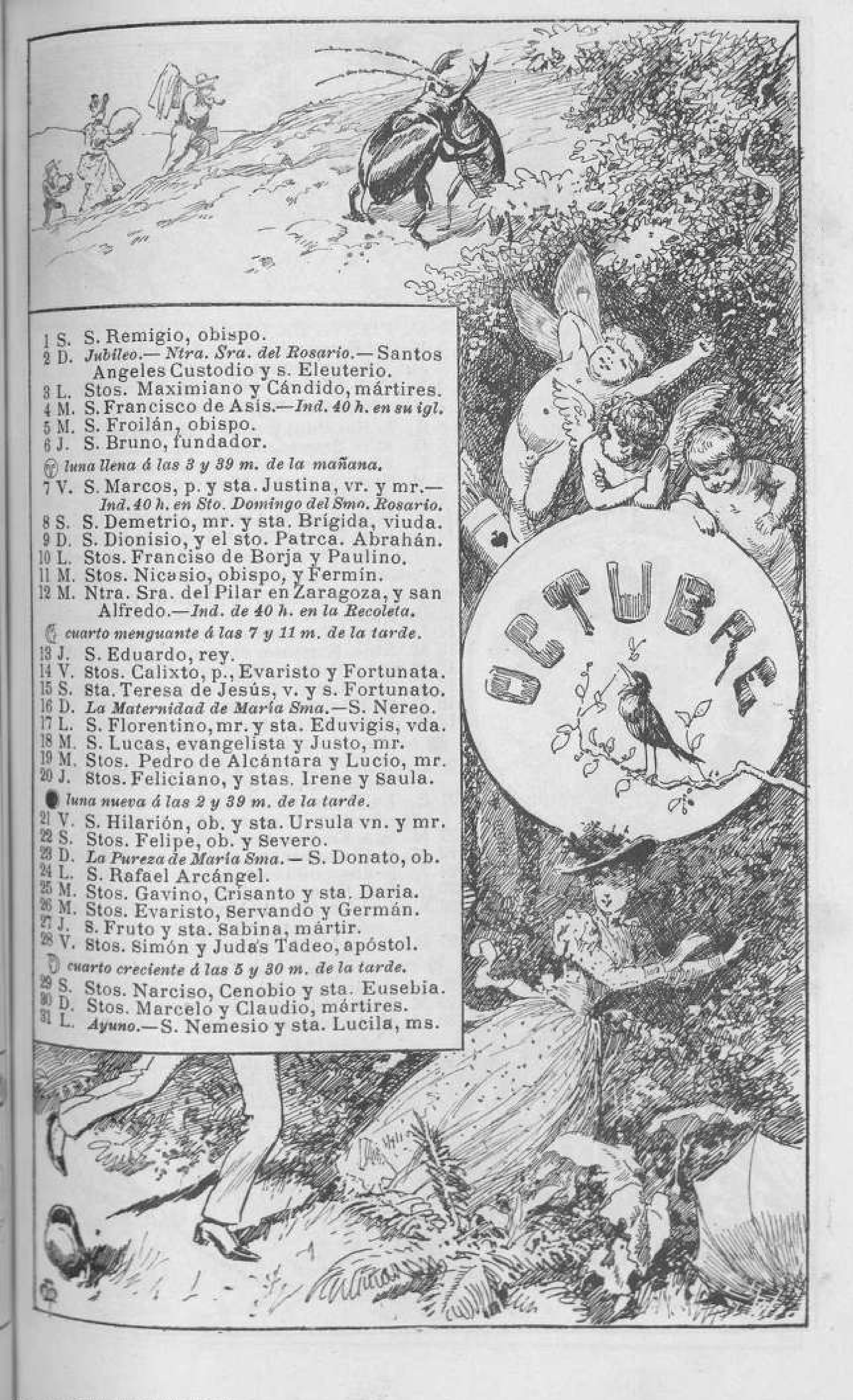
14 M. La Exaltación de la Sma. Cruz.—*Indulgencia de 40 h. en el Socorro.*
15 J. Sta Melitona.
16 V. Stos. Cornelio y Cipriano, mrs.
17 S. S. Pedro de Arbués.
18 D. La Conmem. de los Dolores de la Santísima Virgen.—Sto. Tomás de Villan.
19 L. S. Genaro y compañeros, mártires.
20 M. S. Eustaquio.

luna nueva á las 9 y 59 m. de la noche.

21 M. *Témp. y ay.*—S. Mateo. PRIMAVERA.
22 J. S Mauricio y compañeros mártires.
23 V. *Tém. y ay.*—Stos. Lino, p. y Constancio.
24 S. *Témp. y ay.*—Ntra. Sra. de las Mercedes. *—Ind. de 40 h. en su iglesia.*—S. Gerardo.
25 D. Sta. María de Cervellón (ó del Socorro).
26 L. S. Cipriano y sta. Justina, mártires.
27 M. Stos. Cosme y Damián, hermanos mrs.
28 M. S. Wenceslao, y el b. Simón de Rojas.
29 J. Ded. de s. Miguel A.—*40 h. en su iglesia.*

cuarto creciente á las 2 y 17 m. de la mañana.

30 V. S. Jerónimo, dr. y sta. Sofía, viuda.



1 S. S. Remigio, obispo.
2 D. *Jubileo.— Ntra. Sra. del Rosario.*— Santos Angeles Custodio y s. Eleuterio.
3 L. Stos. Maximiano y Cándido, mártires.
4 M. S. Francisco de Asis.—*Ind. 40 h. en su igl.*
5 M. S. Froilán, obispo.
6 J. S. Bruno, fundador.

luna llena á las 3 y 39 m. de la mañana.

7 V. S. Marcos, p. y sta. Justina, vr. y mr.—*Ind. 40 h. en Sto. Domingo del Smo. Rosario.*
8 S. S. Demetrio, mr. y sta. Brígida, viuda.
9 D. S. Dionisio, y el sto. Patrca. Abrahán.
10 L. Stos. Franciso de Borja y Paulino.
11 M. Stos. Nicasio, obispo, y Fermín.
12 M. Ntra. Sra. del Pilar en Zaragoza, y san Alfredo.—*Ind. de 40 h. en la Recoleta.*

cuarto menguante á las 7 y 11 m. de la tarde.

13 J. S. Eduardo, rey.
14 V. Stos. Calixto, p., Evaristo y Fortunata.
15 S. Sta. Teresa de Jesús, v. y s. Fortunato.
16 D. *La Maternidad de María Sma.*—S. Nereo.
17 L. S. Florentino, mr. y sta. Eduvigis, vda.
18 M. S. Lucas, evangelista y Justo, mr.
19 M. Stos. Pedro de Alcántara y Lucío, mr.
20 J. Stos. Feliciano, y stas. Irene y Saula.

luna nueva á las 2 y 39 m. de la tarde.

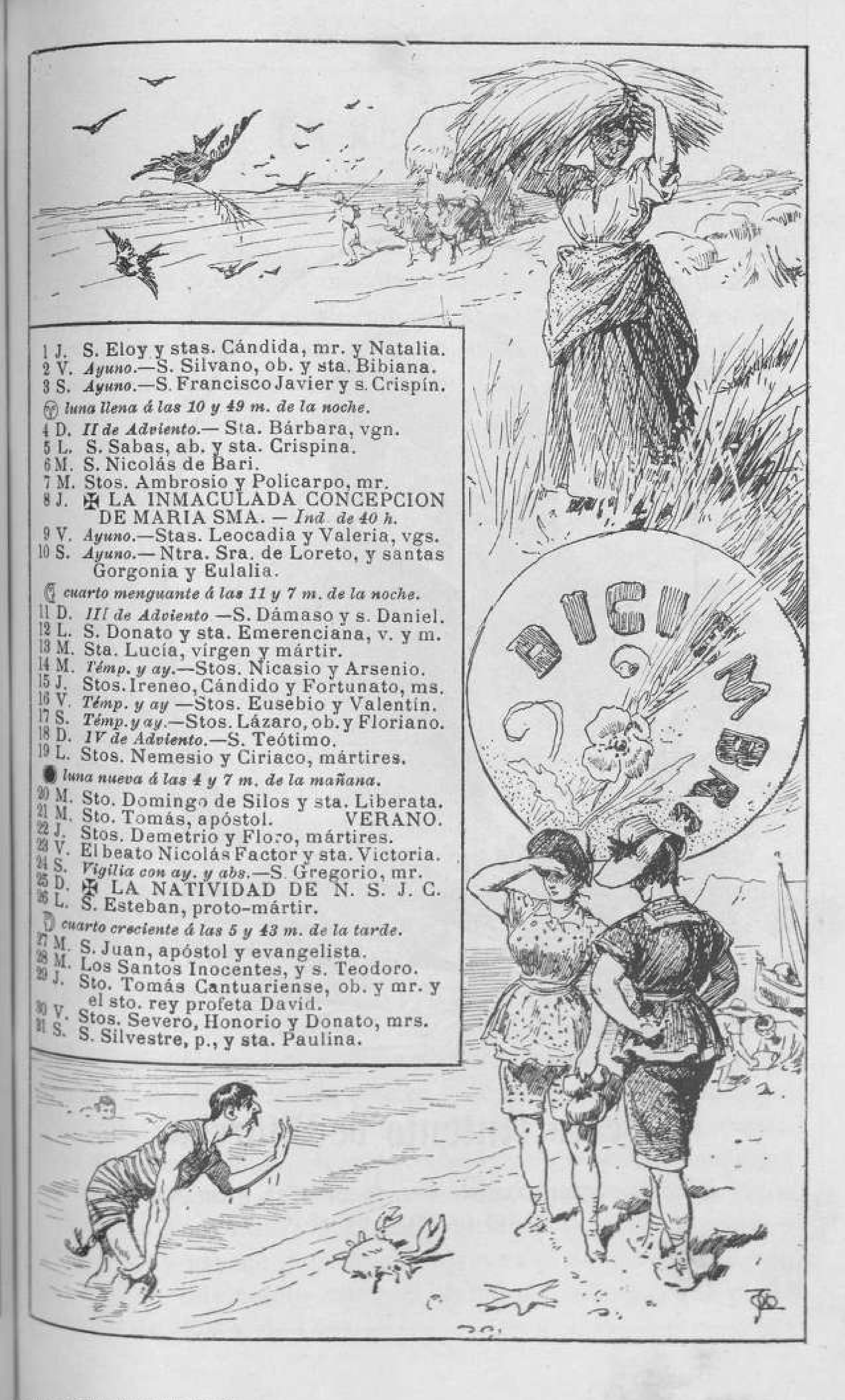
21 V. S. Hilarión, ob. y sta. Ursula vn. y mr.
22 S. Stos. Felipe, ob. y Severo.
23 D. *La Pureza de María Sma.* — S. Donato, ob.
24 L. S. Rafael Arcángel.
25 M. Stos. Gavino, Crisanto y sta. Daria.
26 M. Stos. Evaristo, Servando y Germán.
27 J. S. Fruto y sta. Sabina, mártir.
28 V. Stos. Simón y Judas Tadeo, apóstol.

cuarto creciente á las 5 y 30 m. de la tarde.

29 S. Stos. Narciso, Cenobio y sta. Eusebia.
30 D. Stos. Marcelo y Claudio, mártires.
31 L. *Ayuno.*—S. Nemesio y sta. Lucila, ms.



1 M. FIESTA DE TODOS LOS SANTOS.
2 M. La Conmem. de los fieles difuntos.
3 J. Sta. Eustoquia.
4 V. Stos. Carlos Borromeo, y Nicandro.
luna llena á las 12 y 51 m. del día.
5 S. S. Eusebio, y el bto. Martín de Porres.
6 D. Stos. Severo, mr., y Leonardo, cfr.
7 L. Stos. Florencio, ob. y Amaranto, mr.
8 M. Stos. Severo y Victorino, mártires.
9 M. Stos. Teodoro y Alejandro.
10 J. Stos. Andrés Avelino y Trifón, mrs.
11 V. ✠ S. MARTIN, ob. Patrón principal de esta Archid. — *Ind. 40 h. en la Catedral.*
cuarto menguante á las 7 y 12 m. de la mañana.
12 S. Stos. Martín, p y Diego de Alcalá.
13 D. Patroc. de Ntra. Sra. — *40 h. en Balvanera.*
14 L. Stos. Clementino y Serapio, mártires.
15 M. Stos. Eugenio, ob. y mr., y Leopoldo.
16 M. Stos. Rufino, Marcos y Valerio, mrs.
17 J. Stos. Gregorio Taumaturgo y Víctor.
18 V. S. Máximo, obispo.
19 S. S. Ponciano, p y m. y sta. Isabel.
luna nueva á las 9 y 9 m. de la mañana.
20 D. Ntra. Sra. de la Piedad. — *Ind. de 40 h. en su iglesia.* — S. Félix de Valois.
21 L. La Presentac. de Ntra. Sra. — Stos. Alberto y Honorio. — *Ind. 40 h. en S. Miguel.*
22 M. Sta. Cecilia, virgen y mr.
23 M. S. Clemente, p., y sta. Lucrecia, vg.
24 J. S. Juan de la Cruz y sta. Fermina, vn.
25 V. Sta. Catalina, virgen y mr.
26 S. Los Despos. de Ntra. Sra., y s. Fausto. — CIÉRRANSE LAS VELACIONES.
27 D. *1 de Adviento.* — Stos. Facundo y Acacio.
cuarto creciente á las 6 y 45 m. de la mañana.
28 L. S. Gregorio III, papa y Mansueto.
29 M. Stos. Saturnino y Filomeno.
30 M. S. Andrés, ap., y sta. Justina, v. y m.



1 J. S. Eloy y stas. Cándida, mr. y Natalia.
2 V. *Ayuno.*—S. Silvano, ob. y sta. Bibiana.
3 S. *Ayuno.*—S. Francisco Javier y s. Crispín.

luna llena á las 10 y 49 m. de la noche.

4 D. *II de Adviento.*— Sta. Bárbara, vgn.
5 L. S. Sabas, ab. y sta. Crispina.
6 M. S. Nicolás de Bari.
7 M. Stos. Ambrosio y Policarpo, mr.
8 J. ✠ LA INMACULADA CONCEPCION DE MARIA SMA. — *Ind. de 40 h.*
9 V. *Ayuno.*—Stas. Leocadia y Valeria, vgs.
10 S. *Ayuno.*— Ntra. Sra. de Loreto, y santas Gorgonia y Eulalia.

cuarto menguante á las 11 y 7 m. de la noche.

11 D. *III de Adviento* —S. Dámaso y s. Daniel.
12 L. S. Donato y sta. Emerenciana, v. y m.
13 M. Sta. Lucía, virgen y mártir.
14 M. *Témp. y ay.*—Stos. Nicasio y Arsenio.
15 J. Stos. Ireneo, Cándido y Fortunato, ms.
16 V. *Témp. y ay* —Stos. Eusebio y Valentín.
17 S. *Témp. y ay.*—Stos. Lázaro, ob. y Floriano.
18 D. *IV de Adviento.*—S. Teótimo.
19 L. Stos. Nemesio y Ciriaco, mártires.

luna nueva á las 4 y 7 m. de la mañana.

20 M. Sto. Domingo de Silos y sta. Liberata.
21 M. Sto. Tomás, apóstol. VERANO.
22 J. Stos. Demetrio y Floro, mártires.
23 V. El beato Nicolás Factor y sta. Victoria.
24 S. *Vigilia con ay. y abs.*—S. Gregorio, mr.
25 D. ✠ LA NATIVIDAD DE N. S. J. C.
26 L. S. Esteban, proto-mártir.

cuarto creciente á las 5 y 43 m. de la tarde.

27 M. S. Juan, apóstol y evangelista.
28 M. Los Santos Inocentes, y s. Teodoro.
29 J. Sto. Tomás Cantuariense, ob. y mr. y el sto. rey profeta David.
30 V. Stos. Severo, Honorio y Donato, mrs.
31 S. S. Silvestre, p., y sta. Paulina.



Pedro Antonio de Alarcón

NACIÓ EN GUADIX EL 10 DE MAYO DE 1833, † EN MADRID
EL 19 DE JULIO DE 1891

UN RECUERDO

PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN

¡Todos se van!...

Aquellos autores de mis obras favoritas, que fueron mis mejores maestros y mis leales amigos, cuando con fe ciega soñaba con los bellos ideales de la calenturienta poesía al llamar á las puertas de la juventud, he visto, sin llegar á viejo, bajar á la fosa unos tras otros, cuando yo, por el cariño que les profesaba, los creía poco menos que inmortales como muchas de sus obras.

Cuando al abandonar la escuela primero y el colegio después, me pasaba las horas muertas encerrado en la torre de mi casa leyendo *La conjuración de Venecia*, el *Guzmán*, *El moro expósito*, *De Villahermosa á la China* y *La flor del ángel*, no sospechaba que fueran abandonando el mundo los ilustres autores de aquellas obras, que apenas comprendía y que tan bien me hacían sentir, prefiriéndolas á todos los bulliciosos juegos, propios de la edad, á que me brindaban mis amigos.

Los primeros poetas por quienes vertí una lágrima fueron Eguílaz y Camprodón; lamenté la del incomparable Bretón de los Herreros; dediqué un canto á la memoria de Ayala; postrado en el lecho del dolor me comunicó el correo la de García Gutiérrez; participé del duelo universal por la muerte de Víctor Hugo; ayer consagré un humilde recuerdo á Fernández y González; hoy lamento la pérdida de Alarcón, mañana... tal vez vestiré de luto por Zorrilla, Balaguer y Castelar.

Yo lo confieso sin rebozo, soy entusiasta por Pérez Galdós, me cautiva Campoamor, me embelesa Valera; pero adoro con delirio las obras de los poetas y novelistas que educaron mi espíritu, que cautivaron mi corazón de quince años, que excitaron mi risa con *El Curioso parlante*, y enternecieron mi alma con *Los Amantes de Teruel;* que abrieron ante mis ávidos ojos dilatados horizontes; que me mostraron lo bello, lo noble y lo grande; que me guiaron por las sendas del arte y pusieron la lira en mis manos como el don más hermoso que podía recibir de ellos y de Dios.

La primera vez que oí hablar de Pedro Antonio de Alarcón, era yo muy niño. Recuerdo que era en una época de gloria para España. En mi ciudad natal se levantaban arcos triunfales, monumentos alegóricos y ricas y elegantes colgaduras se ostentaban en los balcones, y vistosas enramadas en los portales de cada casa. Las campanas repicaban á fiesta; las músicas recorrían las calles; las salvas de morteretes atronaban los aires, y un gentío inmenso, loco, frenético de entusiasmo, como un río desbordado, acudía en tropel á la estación á recibir al invicto caudillo, al ilustre hijo, al rayo de la guerra, que había fatigado á la muerte con su gloriosa espada en las cumbres y en los arenales del África, y que al regresar, conducido de la mano por la victoria, á la hermosa tierra que le vió nacer, recorría una senda de flores y laureles entre hurras, vítores y aclamaciones que subían de punto á medida que se internaba en la ciudad.

Aquel general ¿á qué decirlo?... era Prim. Después de haber recorrido con triunfo poco menos que toda España, llegaba á Reus á depositar en manos del Municipio su vencedora espada aún teñida en sangre mora. Entonces fué cuando mi buen padre abrió ante mí un precioso libro que encerraba la crónica de aquella santa cruzada, páginas de gloria trazadas entre el humo del combate, bajo la tienda y bajo la vela, sobre el caballo, en el hospital de sangre, en la cumbre del monte, en el fondo de un barranco; á la luz de la luna y de los relámpagos, entre el estampido de los truenos y de los cañones, y en Tetuán en el oculto camarín de la recatada mora ó bajo el arco de la Judería, por el esclarecido novelista, el soldado voluntario del batallón *Ciudad Rodrigo*, don Pedro Antonio de Alarcón.

Aquel libro, por espacio de muchos años no se me caía de la mano. Formaba parte de la biblioteca de una sociedad de recreo, y tantas veces como ponía el pie en ella corría al gabinete de lectura y me pasaba las horas muertas mirando los grabados intercalados en el texto, y extasiándome en las descripciones de aquellos desiguales combates, que pusieron tan alto el buen nombre de España, y añadieron inmarcesibles páginas de gloria al romancero general.

Pero la obra de Alarcón, que más me hizo sentir, que me produjo un efecto más vivo y más profundo; que más fascinó mi espíritu despertando en mi alma el sentimiento artístico, fué de *Madrid á Nápoles.* ¡Cuántas veces con ese libro en la mano me sorprendió la aurora! ¡Cuántas veces el sol de la tarde iluminó con su último rayo los elocuentes y poéticos párrafos de sus brillantes descripciones, que leía con avidez á la luz del crepúsculo vespertino, solo y divagando por deliciosas arboledas!... Yo residía en aquella época en una población rural, triste como todas, hundida entre montañas y enemiga de todas las manifestaciones del espíritu. En ella me creía poco menos que prisionero y pedía á Dios alas como las había concedido á los pájaros para volar á otras regiones. Odiaba cuanto me rodeaba y me entristecía cuanto veía. ¡Imaginaos, pues, con qué deleite recorrería las páginas de aquel hermoso libro, que descorría ante mis ojos el imponente espectáculo de los Alpes, los poéticos lagos de las islas Borromeas, el canal de Venecia, la melancolía de Verona, los recuerdos de Pisa, el entusiasmo de Ferrara, los monumentos de Roma y los encantos de Nápoles! ¡Con qué afán leía las mágicas descripciones de sus fiestas, de sus costumbres, de sus alamedas, de sus jardines, de los inmortales lienzos de sus museos, de los tesoros de sus bibliotecas, de la hermosa majestad de sus palacios, en donde se asomaron en otros días Lucrecia Borgia, Catalina de Siena, Julieta y Leonor de Este, y saludaría á sus hijos predilectos, á sus hombres de siempre, como diría el poeta, desde Virgilio á Silvio Pellico, desde Miguel Ángel á Canova, desde Rafael á Tintoretto, desde Palestrina á Bellini, desde San Francisco á Savonarola, desde Cicerón á Mazzini, desde Mario á Garibaldi, desde Rómulo á Víctor Manuel, desde San Pedro á Pío IX.

Los primeros versos que escribí fueron fruto de la lectura de ese interesante libro. Él me hizo exclamar, dirigiéndome á un amigo imaginario, al que fingía que con su amada se disponía á visitar aquel país que tanto interés ha despertado siempre á los artistas, músicos y poetas:

. . . .

¡Dichoso tú! que vuelas presuroso
otro cielo á admirar y otras montañas;
la tierra del placer, de los recuerdos,
do oficía el amor y el pueblo canta.
La patria de los bandos y venenos,
en do la libertad marcó su planta,
en do flotan del arte las canciones,
donde la religión sus templos alza.

. . . .

Y surcaréis en la enlutada góndola,
que apenas se desliza por el agua,
las misteriosas calles de Venecia
por la mágica luna plateadas,
contemplando sus puentes y artesones,
sus palacios de mármol de Carrara;
recordando la mente sus grandezas,
sus leyes, sus orgías y sus damas.
Y correréis, febriles de emociones,
á descansar en la argentina rada
do el Vesubio imponente como fiero
el horizonte trueca en mar de llamas...
Rezaréis á los pies del Vaticano
que hasta el cielo su cúpula levanta,
soñaréis contemplando el Coliseo,
dormiréis en la quinta de Adriano.
Que cuanto bello imaginó la mente,
cuanto el artista en su delirio alcanza,
legaron Rafael, Bramante y Vinci
á su florido edén llamado Italia.

. . . .

¡Pobre Alarcón! El castizo y sentido novelista, que me hizo soñar mundos enteros de poesía con *El final de Norma;* que me hizo sentir como pocos con *Dos ángeles caídos;* que refrescó mi corazón con *El sombrero de tres picos;* que tan bien comprendió la novela naturalista en *El capitán Veneno,* que encadenó mi alma con *El Niño de la bola,* ha bajado al sepulcro, joven aún, cargado de dolores, tristezas y desengaños. Siete años atrás otorgó el testamento de sus libros, despidiéndose de sus entusiastas admiradores. Colgó la lira, rompió la pluma y se encerró en casa. Él, idealista como pocos, soñador, creyente, expansivo y entusiasta, se creía forastero en su patria, en medio de la insulsa, prosaica y grosera literatura que ha invadido el campo de las letras, hastiando el alma, negando el sentimiento y materializando el corazón.

Barcelona, Julio 1891. FRANCISCO GRAS Y ELÍAS.



LA DIVA

A MI EXCELENTE AMIGO EL SEÑOR DON JUAN FUREST

En su *boudoir*, la bella Rosalía,
delante de un espejo, así decía
á Juan, su esposo infiel, llena de enojos:
—¿Cómo teniendo estos divinos ojos,
llenos de luz y fuego,
que contemplaste un día atortolado,
y este rostro agraciado,
de perfil, si no griego, casi griego,

me olvidas, fementido,
por ese ángel caído,
en cuya red de amores
suspiraron ya tantos pecadores?
Y Juan, que la escuchaba y sonreía,
contestó:—No es verdad, esposa mía.
¿Yo olvidarte? ¡jamás! de tu hermosura
cegóme el sol y te amo con locura,
como se ama una vez, nunca dos veces...
—¡Infame!
—No te engaño;
¡ciego estoy!...
—Sí, ¡lo creo! y no es extraño
que, ciego como estás, así *tropieces*.
—Mas dime, ¿de qué nacen tus recelos?
¿qué duda te devora
y engendra en tí la sierpe de los celos?
contesta... ¿por qué callas?... ¡pues no llora!...
no sé en qué te he ofendido
ni me explico en tus ojos ese llanto,
teniendo, como tienes, un marido,
á quien, bueno y rendido,
nada le falta para ser un santo.
—¡Vaya un santo!... ¡de *higuera!*
¿y la *diva?* ¿y la rosa? ¿y la pulsera?
¿Me negarás que á tu pasión no esquiva
y al verte de su hechizo en la red preso,
su amor, si eso es amor, te dió la *diva,*
primero en una flor... luego en un beso?
¿Me negará también tu torpe labio
que la diste, infiriéndome un agravio,
una hermosa pulsera de brillantes,
precio vil de sus ósculos amantes?
—¡Calumnias!
—¡No!
—Te juro...
—¡En el teatro buscaste tus laureles,
y olvidaste, perjuro,
que en él todo se anuncia por carteles!
—Digo que son calumnias, amor mío;
ya ves cómo te escucho y me sonrío,
aunque tu encono más y más se aviva,
lo cual prueba, con sobra de elocuencia,
que tengo muy tranquila la conciencia.
—¡O que sabes fingir... como la *diva!*
—Apuesto á que es tu tía Altisidora
la que inventó esos cuentos... ¡qué señora

¡con qué maldita maña
hace, de cualquier cosa, una montaña!
Porque alguno me vió entre bastidores,
ya supuso al momento
que iba allí con mal fin y nació el cuento
de no sé qué pulseras ni qué flores
trocadas, como prenda de cariño,
entre una *diva* de ojos seductores
y yo... ¡que soy más cándido que un niño!
¿Cómo piensas que olvide mis deberes
por el frívolo amor de esas mujeres,
en cuyo corazón, falso é inconstante,
no para un caballero un solo instante?
¡No me niégues, mi bella Rosalía,
que esos cuentos son cuentos de tu tía!
¿A qué mentir así? ¡vaya una gloria!
—¡No son cuentos, infiel! ¡es pura historia!
—¿Conque crees historia verdadera
el cuento escandaloso
de la *diva*, la rosa y la pulsera?
—¿Quién lo duda? te han visto más de cuatro
saliendo con tu amante del teatro.
—¿Cuándo?
—Anoche... ¡y no quiere
que en mí estallen los celos!...
—¡Es gracioso!
si anoche velé al bueno de Fructuoso,
que estaba si se muere ó no se muere!
¡Pobre chico! le hallé ya sin aliento,
y en mis brazos pensé que se quedaba...
—Pero... ¿murió?
—No tal.
—Lo sospechaba,
pues pasó por la calle hace un momento.
—¿Fructuoso?
—Sí.
—Te juro, Rosalía...
—¡Ya ves que no son cuentos de mi tía!
No mientas más y basta ya de engaño;
sé que ardes por la *diva* en una hoguera
y que es tuya... ó fué tuya la pulsera
que luce, impura, de tu honor en daño.
—Pues bien... ya no lo niego, hermosa mía;
confieso que es verdad, aunque arda Troya,
mas no fué, como piensas, á la amante
á quien dí, por mi mal, tan rica joya:
¡fué á la *diva*, á la *estrella*, á la cantante!

Rendir quise homenaje á su talento
y no hallé mejor modo
de realizar mi intento,
que ofrecerla brillantes... ¡eso es todo!
—¿Y la rosa?
—¿La rosa? ¡puro cuento!
—Ya he dicho que te han visto más de cuatro
saliendo con la *diva* del teatro,
aunque lo niegues con tan torpe ahinco.
—¿Más de cuatro?
—¡La cólera aún me acosa!
—Pues yo puedo citarte más de cinco
que no han visto tal cosa.
—¿Te burlas?
—¡Por mi vida!...
á nadie quiero yo más que á mi esposa
y tanta obstinación me desespera;
¿qué prueba exiges de mi amor, cumplida,
puesto que dudas de él?... ¿otra pulsera?
¡la tendrás!
—¿No me engañas?
—¡Bueno fuera!...
¡gracias á Dios que estás ya... *convencida!*
—Si prometes, desde hoy ser más constante
y juras olvidar á la cantante...
—¡A la *cantante,* no! quien la haya oído,
como yo, delirante,
no es fácil dé al olvido
los arpegios y trinos y primores
con que hechiza y encanta...
¡qué jilgueros ni pardos ruiseñores!
¡tú no sabes, no sabes cómo canta!
Todavía me siento enardecido,
al pensar, con deleite... en su *garganta.*

CASIMIRO PRIETO.



TROPICALES

I

Es la edad floral. El tiempo
de los primeros amores;
las noches son perfumadas
y son de fuego los soles.
Andan pájaros azules
en las penumbras del bosque,
de esos que acaso vinieron
con los tempranos fulgores.
Su tinte á pequeñas bocas
de mujer, roban las flores
de la ceiba americana,
lira de alados acordes.

Es la edad floral. Las márgenes
ricas en níveos liotones,
con nelumbios y junquillos
se engalanan. Brilladores
los cocuyos en los pastos
fosforecen por la noche,
fueguecitos que voltean
en la sombra, como soles.

Era así. Tiempo tranquilo
de los primeros amores,
la vez en que apareciste
ante mis ojos. De entonces
han pasado tantos días,
tantas nieblas, tantas noches!

Los mirajes de mi cielo,
sus fantásticos colores,
se han tornado en macilentas
y pesadas cerrazones.
Cual imágenes de un sueño
han huído mis visiones,
¡han pasado tantos años!
¡tantas brumas! ¡Tantas noches!
Y sin embargo, tú vives
en mi alma. Mil canciones
aún despiertan en mi lira
al conjuro de tu nombre,
como en los tiempos benditos
de los primeros amores.

II

Arde el rojo crepúsculo, ese beso
prolongado y sensual,
que se dan tierra y cielo en las llanuras
de mi tierra natal.

El sol cae moribundo en el remanso
como un anciano dios
y el ala tienden, que es nevada y fina,
las garzas dos á dos.

Hay un perfume vago y penetrante
de anémona y clavel,
y aves nuevas que pían en las ramas
del frondoso laurel.

Lágrima de la tarde ardiente y viva
temblante en el azur,
¡qué bella es Venus, cuando muere el día
en los cielos del Sur!

Amo las tardes. A su luz te miro
lucir más ideal
y es más grata y más tierna al alma mía
tu mirada triunfal!

Víctor Arreguine.

Montevideo, 1891.

EN LOS ABANICOS DE DOS HERMANAS

HUMORADAS

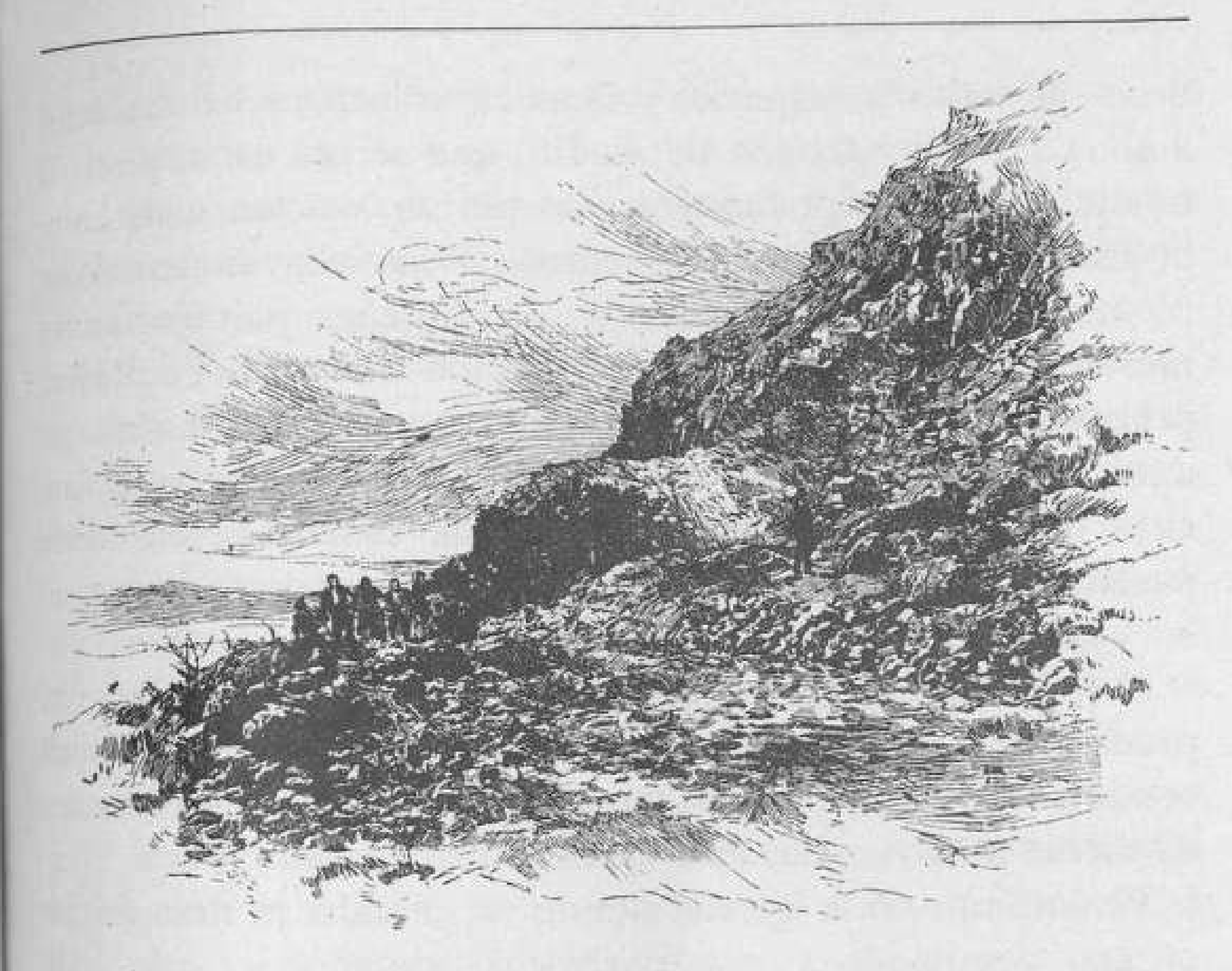
I

La más sabia, Rosario, es la que aúna
el amor con los bienes de fortuna,
que, si el dulce no es malo,
ni aun en cuenco de palo,
es natural que sea,
servido en copa de oro, miel hiblea.

II

La que está, como tú, Paca adorada,
del arte enamorada,
discurre de este modo:
la gloria que no es nada,
sobrevive al dinero que lo es todo.

Ramón de Campoamor.



UNA EXCURSIÓN AL MONTE SAGRADO

RECUERDOS DE ITALIA

Acompañado de varios compatriotas y del tenor Tamagno, hice una excursión al Monte Sagrado, que se yergue majestuoso al pie de la pequeña ciudad de Varese y que tiene el atractivo singular y extraño de lo desconocido, para los que, como nosotros, estamos habituados á las planicies vastas y á las llanuras infinitas de la Pampa.

La mañana era espléndida. El ambiente saturado de la brisa balsámica de la montaña y las flores silvestres despedían gratos olores; los castaños y los pinos en flor deleitaban la vista fatigada, y el gorjeo de los ruiseñores y de los mirlos, en la espesura sombría, halagaban el oído y hacían correr veloces las dos horas de volanta, que median del pueblo á la mitad del camino que conduce al monte histórico.

La senda recorrida es de las más variadas y pintorescas que se pueden imaginar: hileras no interrumpidas de árboles fron-

dosos de todas las especies y familias, colocados hábilmente á ambos lados del camino de piedra, que serpea en torno de la montaña; villas caprichosas y pintorescas, ocultas unas entre la maleza y perdidas otras entre *cirrus*, allá en una loma plomiza; imágenes de santos y de vírgenes pintados en los muros, quién sabe por qué desconocido discípulo de Rafael; precipicios inmensos en cuyo fondo cruzan veloces raudales de agua turbia; lagos que á aquella altura simulan inmensas planchas de plata; valles verdes como la esmeralda en donde pacen tranquilamente los ganados, é iluminado todo por un sol esplendoroso y deslumbrador.

Nos detuvimos unos minutos á contemplar aquella vista preciosa, y después descendimos del coche que nos había conducido hasta allí y cabalgamos en las mulas, que en menos de media hora nos llevaron á la cumbre deseada.

Penetramos en la iglesia, donde se cantaba la misa con un órgano desafinado y con voces más desafinadas aún. Allí pudimos convencernos del fanatismo que reina en algunas comarcas de la que fué un día Itálica famosa. La iglesia aquella estaba estivada de carne humana hasta el tope; quién se daba fuertes golpes de pecho, poniendo á prueba su constitución, quién besaba el suelo con frecuencia, y quién lloraba á mares, creyendo ganar de ese modo el soñado paraíso, divinizado por Dante en su poema inmortal.

Tal es la ignorancia y la primitiva sencillez de ciertas gentes, que en Saronno, que queda á pocas millas de Milán, he visto un domingo toda la población en el templo, ir á la madrugada y salir á la puesta del sol; escuchar primero los oficios, después la doctrina y por último el sermón.

. . . .

El templo que he citado y que se levanta en la cúspide contiene frescos antiquísimos y pinturas de mérito. Como tal vale la pena de verse. Como arquitectura no ofrece ninguna particularidad y no se diferencía de la comunidad del género. Hace más de cien años que fué erigido y se conserva todavía intacto como el primer día de su fundación. En el cortil se ven grabados en grandes placas de mármol jeroglíficos lati-

nos, que cubren las tumbas en donde reposan las cenizas de los capellanes que se han turnado en la *regencia*.

El altar mayor y el púlpito ostentan profusión de dibujos y miniaturas alegóricas, relieves y bajo relieves representando el simbolismo sagrado.

No pudimos examinar las riquezas y tesoros que contiene en brillantes, rubíes y topacios, los cálices de oro y plata hábilmente cincelados y los ornamentos sacerdotales, á causa de hallarse oficiando desde el cura hasta el sacristán.

A pocos pasos de allí vimos la efigie bíblica de Moisés, de cuerpo entero, con las tablas de la ley en una mano y con la vara mágica en la otra, hiriendo con esta última una roca de la que salta el agua á torrentes. La estatua, cincelada en blanco mármol de Carrara, es obra de un celebrado escultor, cuyo nombre no puedo recordar. Tiene toques de cincel acabadamente artísticos, y las líneas del rostro conservan la expresión verdadera de la vida.

Es una obra que deben observar detenidamente los viajeros que tengan la heroicidad de hacer aquella ascensión.

Visitado lo único que había que ver, nos dirigimos al hotel, donde un confortable almuerzo servido por una joven

no Flérida ni Arminda
pero, eso sí, tan linda
que casi era una chica encantadora,

nos devolvió las gastadas fuerzas y el buen humor, perdido en aquella ascensión fatigosa y difícil.

Hicimos un poco de música en un viejo Pleyel, mientras transcurrían las horas en que el calor raja la tierra. Tamagno nos regaló algunas de sus notas formidables, que fueron á repercutir con bronco estruendo en las naves de la iglesia vecina, alborotando el cotarro de feligreses, con gran descontento del padre superior, mientras nosotros charlábamos amigablemente con la joven aquella, que aunque colegía que éramos *herejes* impenitentes y liberales incorregibles, no la desagradaba, por lo visto, nuestra compañía.

Serían las tres cuando emprendimos lentamente el descenso

á pie, porque con las mulas nos habríamos expuesto á rodar una y mil veces por aquellas ásperas pendientes, con grave exposición de nuestro bautismo.

Nos despedimos con pesar de aquella muchacha virtuosa, planta exótica en medio de los montes, único resto de cultura femenil que hallamos por aquellos *pagos* hospitalarios.

Al estrechar su mano en la nuestra nos dijo ¡adiós! en un italiano tan dulcísimo, que todos á una prometimos volver.

Tengo todavía incrustado en la pupila el semblante hermoso, intensamente expresivo, el talle esbelto, y la mirada de fuego de aquella deliciosa muchacha.

No habíamos andado todavía veinte pasos cuando, como brotados de las rocas, se nos presentaron una docena de aldeanas con santos, cruces, crucifijos y medallitas, y ante aquella avalancha inesperada, viendo que sería imposible proseguir tranquilos nuestra marcha, preferimos regalar un franco á cada una y dejarles los objetos con que se buscan honradamente el sustento diario.

Esa emboscada femenina vino á contrastar prosaicamente con aquel último *addio* que parecía una nota del poema eterno.

En el descenso visitamos los doce santuarios que representan la Vía Crucis del Señor,—en donde gran número de hombres, mujeres y niños rezaban interminables oraciones,—y que están en contradicción constante con todo lo que significa arte.

En cada uno de estos santuarios hay manantiales de agua fresca y cristalina que cura, según la piadosa leyenda, todo género de males, y hasta hay una que se llama «Fontana de los enfermos,» donde una vieja... un poco vieja, puesto que frisa en los ochenta, se acerca á los viajeros á ofrecerles el agua milagrosa.

Nosotros rehusamos tomarla, primero porque teníamos nuestras dudas respecto á sus virtudes y eficacia, y segundo porque, como sudábamos á mares, podía ocasionarnos graves desarreglos.

Dimos algunos céntimos á la pobre vieja, que se quedó

mirándonos largo tiempo, extrañando sin duda que entre nosotros no hubiera un solo *creyente*, y seguimos nuestro camino.

Entretanto multitud de mujeres y hombres, en filas de cuatro en cuatro, con los brazos entrelazados, subían y bajaban la pendiente rezando el rosario.

Llegamos á la vuelta de la meseta, donde dejamos el carruaje, al caer de la tarde, precisamente cuando *il giorno se n'andava*, satisfechos de nuestra excursión.

Un silencio sepulcral reinaba en aquellas altas latitudes, sólo interrumpido por el grito estridente del buho y el chirrido monótono de los grillos; el sol moribundo descendía lentamente en su parábola y los objetos todos empezaban á tomar esas tintas semigrises que señalan el comienzo de la noche; entonces contemplamos por última vez el imponente y grandioso panorama de las montañas: á uno y otro lado los valles y los precipicios; á nuestros pies las cascadas, los lagos y los torrentes; en la cima el templo, las torres y los santuarios, y allá, á lo lejos, perdidos en la bruma, como baluartes inexpugnables, coronados de eterna nieve, los Alpes, con sus cúpulas enormes.

LUIS BERISSO.

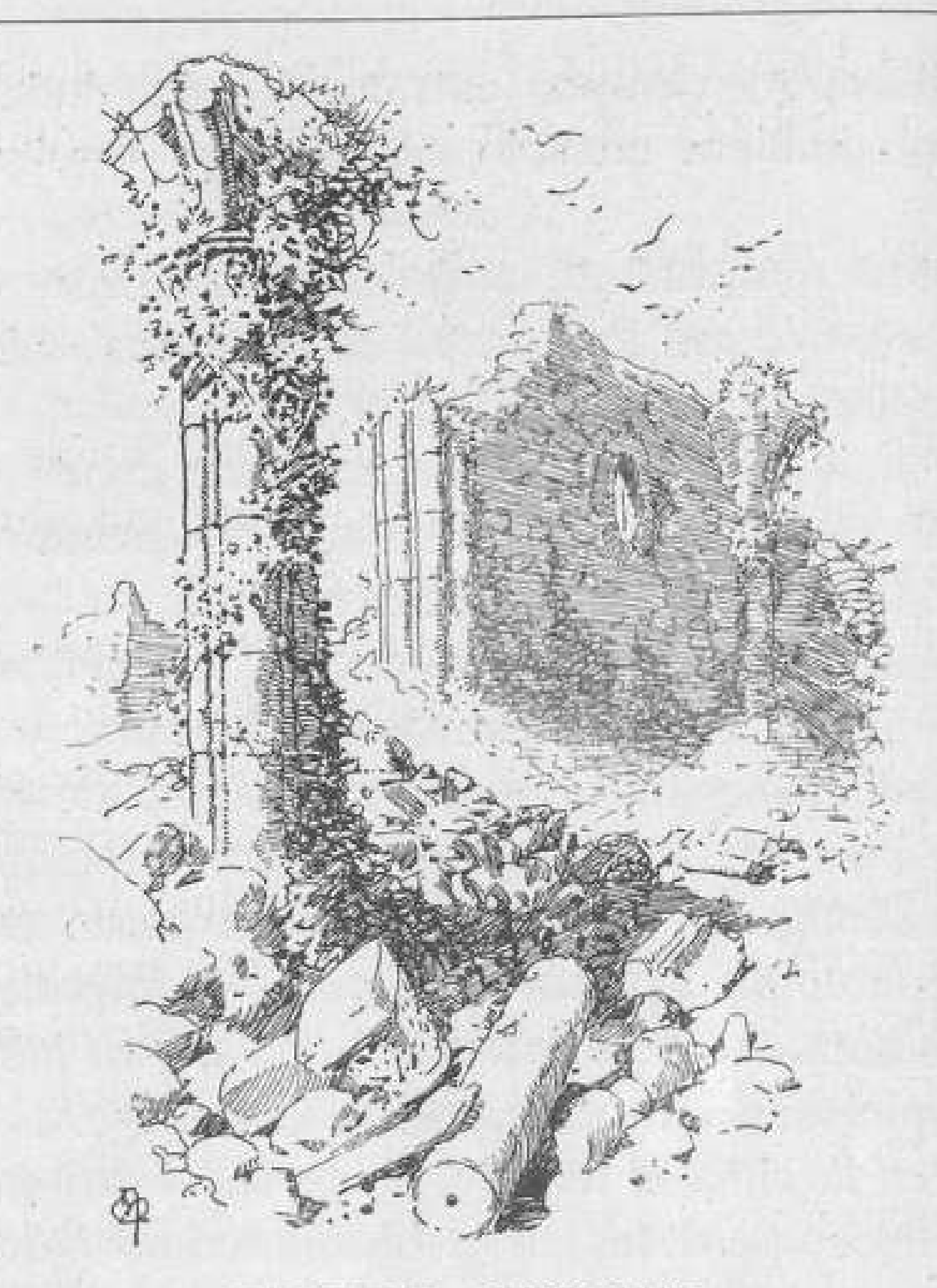
Varese, «Villa Margarita,» Junio de 1889.

EL BRAZO

El brazo, mortal fragmento,
fiel y sumiso al intento
de la mente que concibe,
viene á ser en el que escribe
pararrayos del talento.

Cuando la luz centellea
y rasga la densa bruma
del cerebro que flamea,
fulgura el rayo, la idea;
y huye al acero, la pluma.

SALVADOR RUEDA.



ENTRE RUINAS

I

Miro el templo en ruinas,
roto el frontón, la ojiva cuarteada;
revolando las pardas golondrinas
en la anchurosa nave abandonada.

El sol filtra su rayo amarillento
hasta el altar desnudo y solitario,
mientras se plañe dolorido el viento
en los huecos del alto campanario.

Yace la cruz en tierra
junto á la reja gótica del coro,
y en medio á tanta soledad que aterra
está sin voz el órgano sonoro.

En todo, polvo denso,
mudas memorias y cenizas frías;
como las blancas ondas del incienso
las horas huyen y se van los días.

En el ángulo oscuro se levanta,
como espectro de llanto y de dolores,

de la Madre de Dios la imagen santa,
¡ya sin altar, sin himnos y sin flores!

¿Quién, en los pebeteros que quedaron
calor y aromas á buscar se atreve?
Las aromas volaron;
las ascuas son ceniza helada y leve!

Allá, en el fondo un lienzo desgarrado
ultraja del pincel las maravillas.
¡Ni el arte el abandono ha respetado!
¡El rico alféizar se tornó en astillas!

Y el tiempo desprendió del tosco muro
el cancel que de polvo se reviste...
Todo está tan callado, tan oscuro,
tan funeral, tan lúgubre, tan triste,
que esta terrible soledad advierte
cómo será la noche de la muerte!

II

Así como este templo abandonado,
está mi corazón, triste, sombrío,
por el dolor tan sólo visitado
y sepulto en la noche del hastío.

El ara de su fe quedó desierta;
ninguna voz á consolarlo alcanza,
y está en el polvo, muerta,
la diosa á que dió culto: la Esperanza!

. . . .

¡Oh bóvedas sombrías,
símbolos mudos de las penas mías!
¡Oh altar, que ya sin cirios y sin flores
eres mi corazón con sus dolores!
¡Oh soledad estéril y escondida
semejante á las horas de mi vida!
¡Virgen, ayer objeto de ternura,
y hoy, en el polvo, inútil escultura!
¡Triste rumor del vagaroso viento
igual, en lo fugaz, á mi lamento!
¡Quién pudiera feliz á vuestro abrigo
morir abandonado,
sin más consuelo amigo
que de la oscura noche el beso helado!
Sin una sola lágrima de duelo,
sin oir el ¡adiós! de un ser querido,
y así tornarse polvo sobre el suelo

y perderse en los senos del olvido!
Del mar del mundo en las revueltas olas,
si mueren el amor, la fe, la calma,
¡qué mejor dicha que morir á solas
cuando ha vivido en soledad el alma!

México. JUAN DE DIOS PEZA.

DOS MODELOS DE POESÍA

SIGLO XVIII

—¿Quieres decirme, dulce zagala,
si una ovejilla viste pasar?
—No digas eso, porque parece
que hay indirecta, burlón zagal.
—¡Ah! si tú fueras esa ovejilla...
—Tente, no sigas, que me hace mal...
—¡Ah, si yo osara decirte todo!...
—¡Ah, si pudiera todo escuchar!...
Tal se dijeron, y ella, la dulce
zagala, cubre su blanca faz,
mete sus dedos en las narices,
mientras el otro, mudo, se va.

SIGLO XIX

Cárcel eterna de la luz, la sombra
en colosal marea se derrama;
sobre el llano infinito, verde alfombra
por Dios tendida sobre el mudo suelo,
para velar el vasto panorama,
en nubes baja del inmenso cielo.
Grazna el buitre agorero,
el potro horrorizado tiembla, y brama
el toro, que es el padre del ternero.
El pobre campesino,
soñador del trabajo, lentamente
prosigue su camino:
pronto su altiva frente
se abatirá á tu empuje ¡oh torbellino
siniestro del destino!
Arriba sombra, abajo penas... todo
lo que surge del lodo
al cielo sube, y lo del cielo baja
al lodo, lluvia, luz, vida, rocío...
El cuerpo es la mortaja
del hombre, y la existencia es el vacío.

PEDRO CRESPO.



Excmo. Sr. Duque de Veragua

SUCESORES DIRECTOS

DE

CRISTÓBAL COLÓN

Como documento curioso, que juzgamos ha de merecer los aplausos de nuestros lectores, y para conmemorar en el ALMANAQUE SUD-AMERICANO *para el año 1892* el cuarto centenario del descubrimiento del Nuevo Mundo, damos á continuación el árbol genealógico del actual duque de Veragua, que es quien se honra al presente con los títulos de Almirante del mar Océano y Adelantado mayor de las Indias, concedidos, como es sabido, por los reyes don Fernando y doña Isabel al intrépido é inspirado Cristóbal Colón, antes de emprender aquel viaje que había de confirmar sus teorías, relativas á la extensión de la masa sólida de nuestro planeta, y constituir, por sus resultados, el hecho más grande que registra la historia del linaje humano.

Doce generaciones se han sucedido en el transcurso de cuatrocientos años. El apellido que el marino genovés inmortalizó con su audacia, con su fe y con su perseverancia, ha ido borrándose paulatinamente desde la cuarta generación, en que por haberse extinguido la línea masculina, quedó heredera de las glorias del Almirante su biznieta doña Francisca Colón y Pravia, que se unió en matrimonio con don Diego Ortegón. A ésta, durante otras dos generaciones, sucedieron también hembras; doña Josefa Ortegón y Colón, que casó con don Francisco de la Paz de la Serna; y doña Josefa, hija de los precedentes, que se unió con don Martín de Larreategui. Este es el que lleva el actual duque de Veragua, habiéndose conservado sin interrupción durante seis generaciones consecutivas, en las cuales ha habido constantemente sucesión masculina. Mas en tanto existan hombres en el mundo, el apellido de COLÓN, siquiera no haya quien lo lleve, será pronunciado con veneración y respeto como el de uno de los genios más grandes con que se honra la humanidad.

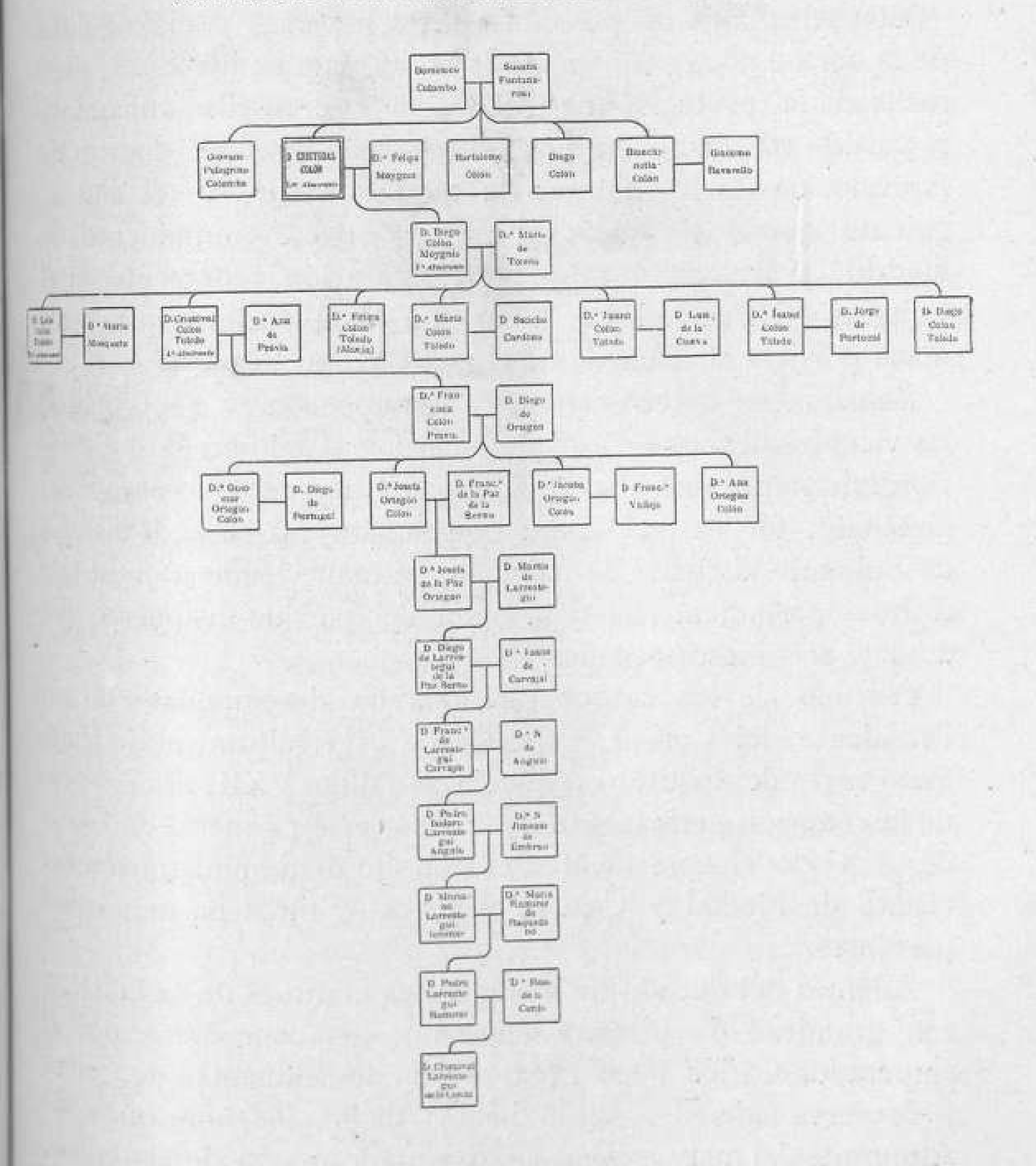
Véase ahora la genealogía á que nos hemos referido.

ASCENDIENTES

DEL

DUQUE DE VERAGUA

ACTUAL «ALMIRANTE DEL MAR OCÉANO Y ADELANTADO MAYOR DE LAS INDIAS,»
COMO SUCESOR DEL DESCUBRIDOR DEL NUEVO MUNDO



Para completar estos apuntes, juzgamos oportuno publicar algunos datos respecto del actual duque de Veragua, cuyo retrato acompaña á este artículo.

Nació en Madrid en el año 1837, y sus padres don Pedro Larreategui y Ramírez Baquedano, y doña Rosa de la Cerda, quisieron que se le impusiera en la pila bautismal, el nombre de su ilustre y lejano progenitor.

Con ser una de las personas más conspicuas y distinguidas de la corte, no figuró en política durante su juventud; pero realizada la revolución de 1868, ocupóse en ella, afiliándose al partido radical, y representó en las Cortes el distrito de Arévalo, en las legislaturas de 1871 y 1873. En el año siguiente ejerció el cargo de concejal del Ayuntamiento de Madrid, y llevada á cabo la Restauración, representó en el Congreso á Puerto-Rico, adhiriéndose al partido que reconocía por jefe al señor don Práxedes Mateo Sagasta.

Senador por derecho propio, desempeñaba en 1890 una de las vicepresidencias de este alto cuerpo, cuando en la modificación ministerial que hizo en Enero del año referido el jefe del Gabinete, fué llamado para que sustituyera en el Ministerio de Fomento al conde de Xiquena, permaneciendo al frente de dicho departamento hasta la caída del partido fusionista, que acaeció seis meses después.

Además de los cargos referidos ha desempeñado el de Presidente del Consejo superior de Agricultura; el de Delegado regio del Instituto Agrícola de Alfonso XII; el de Vocal de la comisión permanente de la Asociación general de Ganaderos; el de Vicepresidente del Consejo de administración del Monte de Piedad y Caja de Ahorros, y otros no menos importantes.

Además del ducado de Veragua, es marqués de la Jamaica, con grandeza de primera clase, títulos concedidos por el emperador Carlos V en 1537, á los descendientes de Colón, y conserva además, según hemos dicho, los honoríficos de Almirante del mar Océano, y Adelantado mayor de las Indias, con derecho al uso de uniforme.

Dichos títulos los heredó en 1870, y posteriormente ha

podido añadir á los mismos los de gentilhombre de Cámara; Grande de España con ejercicio y servidumbre, desde el 24 de Julio de 1882, y Gran Cruz de Carlos III en 21 de Julio de 1887.

Su afabilidad y sencillez le han captado numerosos amigos, y su nombre es uno de los más conocidos, por ser propietario de las famosas ganaderías cuyas reses se lidian con general aceptación en la mayor parte de las plazas y circos taurinos de la Península.

V.

Á INDALECIO ARMESTO

En las orillas del Lérez
tranquilas y perfumadas,
cuna de mis ilusiones,
fuente de mis esperanzas,
después de ruda pelea
en sueño eterno descansas.
¡Dichoso tú, que en el mundo
alcanzaste nombre y fama
y la suerte te dispone
tumba alegre y visitada
por los vapores de un río
que entre sus ondas de plata
lleva aromas de violetas
y rumores de alabanzas!

CARLOS OSSORIO Y GALLARDO.

EPIGRAMA

—¡No pases por esa esquina!
—¿Temes á ese caballero
que en ella hay, con faz mohina?
—Sí tal.
—¿Quién es?
—Un banquero
que está amenazando *ruina*.

EL COCHERO DE PLAZA



—El por qué de la multa no me explico,
y así, si no es faltarle, le suplico
que me lo explique usted, pues me interesa
—Por ir, y excuse usted todo reproche,
demasiado de prisa con su coche
por calles concurridas.
—Pago y callo...
¡Demasiado de prisa! ¡qué sorpresa
va á tener, al saberlo, mi caballo!

=

A UNA FEA

En el teatro te ví
y tanto miedo sentí,
que instintivamente, Inés,
volví el anteojo al revés
para alejarte de mí.

Eduardo B. Ruiz

Mendoza, 1891.



CANTO DEL NORTE

I

La niña ha visto á su amante—
única vida del alma—
y regresa del jardín,
con las manos encarnadas...
Su madre le dice:—Niña,
¿por qué sales solitaria,
con las manos encendidas?
—Madre mía, esta mañana
las espinas de las rosas
me rozaron en la marcha!

II

La niña ha visto á su amante
y regresa de los campos,
llena de gracia y perfume,
con los labios encarnados...
su madre le dice:—Niña,
¿por qué están tus ojos bajos,
y tus labios encendidos?
—Madre mía, los granados
del jardín, esta mañana
con su jugo los pintaron!

III

La niña ha visto á su amante
y vuelve mustia y callada,

sin luz en los ojos bellos
y con las mejillas pálidas!...
La madre le dice:—Niña,
¿qué amargura te taladra?
¿por qué traes pálido el rostro?
—¡Oh madre, madre del alma!
Hazme cavar una fosa
y graba sobre su lápida:

IV

Una vez la pobre niña
trajo encarnadas sus manos
porque su pérfido amante
oprimióla entre sus brazos...
Otra, su blanca mejilla
con tinte de sol de ocaso
ardía, porque su amante
en ella posó sus labios...
Pero un día tenebroso
¡ay! la abandonó el ingrato
y volvió la pobre niña
con el rostro triste y pálido!

Martín García Mérou.



*
* *

Mariposa que el viento
cruzas liviana,
de la flor y del ave
feliz hermana,
pues te da el cielo
de la flor los matices,
del ave el vuelo;
agitadas del viento
de las pasiones,
son imágenes tuyas
las ilusiones:
siempre süaves,
tornasolan cual flores,
huyen cual aves.

Federico Balart.

PAISAJES DEL GUAYAS

ALBORADA

Tras de la oscura noche, en el oriente
rasga la bruma gris albo celaje
que diseña á lo lejos el paisaje
con argentadas tintas, vagamente...

La palma, alzando su abatida frente,
murmura leda un cántico salvaje;
y el ave entre las sombras del boscaje
inquieta anuncia al Sol resplandeciente.

¡Oh Sol que mi alma, en soledades hondas,
desde los limbos de la vida espera,
cual ave oculta en las opacas frondas!

¡Oh sol Eterno! desde tu alta esfera
derrama en ella tus fulgentes ondas,
y, renaciendo, como el Fénix, muera!

LA TARDE

Cual grupo de mujeres desoladas
de largas y esparcidas cabelleras,
se inclinan á lo lejos las palmeras,
sobre el rojo horizonte perfiladas;

Más arriba, entre tintas sonrosadas,
asoman ya las fúlgidas lumbreras;
y columpian las ráfagas ligeras
del bosque las profundas enramadas...

Y el alma soñadora del poeta,
á la caída mágica del día,
llena se siente de embriaguez secreta;

y tiene la confusa profecía
de otra existencia en más feliz planeta,
de paz, de amor, de luz y de armonía!

ESPLENDORES MATUTINOS

¡Asombroso espectáculo! Al oriente,
entre la gasa matinal brumosa,
viva luz, mezcla extraña de oro y rosa,
inunda el Guayas extendido enfrente;

Vasto espejo bruñido y refulgente
semeja el agua turbia que reposa,
esmaltada con tinta prodigiosa
como jamás se figuró la mente;

y aquella luz, desde el confín lejano,
con manto de esplendor lo envuelve todo
y hasta en oro de Ofir trueca el pantano...

Así, de nuestra infancia en el periodo
la ilusión dora el tenebroso arcano
del Universo... y de la vida el lodo.

ANUNCIO DE LA TEMPESTAD

El sol se eclipsa; desfallece el viento;
la natura, perdido todo encanto,
como agobiada de mortal quebranto,
yace inmóvil, sin fuerza y sin aliento;

De uno al otro confín del firmamento
se extiende gris y nebuloso manto,
cual la mortaja, humedecida en llanto,
del cadáver del orbe macilento;

y en tanto, allá en la silenciosa altura
surge, enlutando las etéreas salas,
nube gigante, procelosa, oscura

que amaga al Cosmos, de pavor inerte,
cual las inmensas tenebrosas alas
del águila siniestra de la Muerte!...

NUMA POMPILIO LLONA.

Guayaquil, 1890.

EFECTOS DE LA CRISIS

—En cuanto pase ese prójimo
la orden del día le aplico,
y si no suelta la bolsa
le dejo seco de un tiro.
Tiempo es... ¡La bolsa ó la vida
y sin sustos ni remilgos!
—Hombre, me ganó de mano;
yo le iba á pedir lo mismo.

MOISÉS N. CASTELLANOS.

EL BAILE DE MÁSCARAS

I

Las altas lucernas arrojan raudales de vivísima luz, parecen canastillos de dorados mimbres que dejan caer sobre la abigarrada muchedumbre, por entre juncos y mallas de cristal, una lluvia de fuego.

La luz resbala sobre aquel flujo y reflujo de olas vivientes, cabrillea con chispazos de piedras preciosas y se extiende por todos los ámbitos con la grandiosa potencia de diamantino sol. Y es que el gas, con permiso de la luz eléctrica que á todo imprime su melancólica palidez, es la luz de la buena sociedad; hijo de su siglo, tiene las aficiones sibaríticas y todos los refinamientos de su época. Por eso se fija en los diamantes y brillantes telas, sonríe en las molduras doradas, en las porcelanas y preciosos bronces, y acaricia con femenil coquetería el nevado busto y torneados brazos de las bellas. El gas no pierde el tiempo, es uno de los elementos modernos que saben mejor lo que se hacen.

El baile ha comenzado.

Para presenciar mejor el conjunto de la sala, me coloco debajo de la araña.

El espectáculo resulta fantástico y deslumbrador, digno de una leyenda oriental.

Gasas, plumas, rasos, terciopelos, piedras preciosas, vistosos mantones de Manila ilustrados con soberbios bordados, caprichosos disfraces, todo lo brillante, lindo y fascinador confundido en el más agradable y pintoresco desorden.

En confusión mareadora pasan delante de mí máscaras luciendo vistosos trajes.

Una me da en el rostro con su abanico de nevado plumaje. Es una archiduquesa del siglo XVIII vestida con un jardín tejido en seda; el rostro mal cubierto por pequeña *Lucrecia*,

los bucles empolvados y sobre los bucles una enorme balumba de flores, lazos y plumas.

Al darme con el abanico en el rostro me dice:

—¿Esperas? sin duda...

—Espero.

—¿A mí?

—A tí no.

Otra máscara llega. Es ella. No puede confundirse con otra.



¡Es tan hermosa! tan propia su soberana distinción que no cabe equivocarse en habiéndola visto una vez. Viene disfrazada de Margarita de Valois. Ciñe precioso traje de raso blanco bordado de oro, ricos hilos de perlas circundan su garganta de nieve, y una gola de primoroso encaje sirve de marco á su graciosa cabeza.

Va del brazo de un caballero tan apuesto como gallardo. No le conozco, pero le presiento, es mi odioso, mi abominable rival.

Al pasar junto á mí *Margarita* ha reído de una manera siniestra.

Así debió reir Luzbel al ser arrojado del Paraíso.

Un estremecimiento interno ha conmovido todo mi ser, y temiendo ceder á lo violento de la emoción que me conturbaba, me he alejado de la sala llevando la noche en mi alma, y saboreando la amargura de mi reciente decepción.

II

Fatigado del baile me he reunido á unos amigos que acompañados de alegres máscaras se disponen á cenar opíparamente.

Me convidan y acepto gustoso. Anhelo borrar de mi imaginación las sombras que la oscurecen y nada se me antoja tan á propósito como una cena para conseguir mi fin.

¡Vana esperanza! Las cenas alegres me han sabido á mí siempre muy amargas. Como todos los corazones probados por la desventura tengo el vino muy triste.

Baco es una fiera, un monstruo con nombre de Dios.

Mi rostro está abrasado por los besos de púrpura del alcohol, hierve mi cerebro, frecuentes latidos golpean tenazmente mis sienes, mi corazón sufre horriblemente.

El vino que bebo sabe á lágrimas, sus encendidos reflejos se extienden como enorme mancha de sangre encima del mantel.

Los gritos y carcajadas de mis compañeros me parecen ecos siniestros, acentos fatídicos que rápidamente acrecen mi malestar.

Quiero abandonar la mesa y algo extraordinario, superior á mi voluntad, me retiene á mi sitio, obligándome á permanecer en él.

Tal presión es debida á la súbita simpatía que ha despertado en mí una de las heroínas de la fiesta. Es una joven pálida como un rayo de luna, esbelta, delgada, de ojos azules, de vago y triste mirar.

Todo en ella me atrae y fascina, pero lo que más honda

impresión me causa es su risa, su carcajada constante, triste como una queja, y desgarradora como eco de insondable dolor. Hay risas que suenan como el llanto. La sensación que se percibe al escucharlas difícilmente se puede expresar; sólo es comparable al contacto de acerada hoja que penetrando lentamente por el pecho, busque con caricias de muerte un medio seguro para hacer blanco en el corazón.

La desconocida no cesa de reir, más expansiva es su risa



cuanto más se acentúa la palidez de su triste faz; de pronto fija sus divinos ojos en los míos nublados de lágrimas, abandona su sitio y se sienta á mi lado.

Nada tan á propósito para engendrar simpatías como el mutuo dolor, de ahí que antes de hablar, nos comprendiésemos, que antes de comprendernos nos amáramos.

Como respondiendo á secreto impulso, anhelosa estrecha entre las suyas mi ardorosa mano. Al percibir el frío contacto de las suyas temo ser víctima de penosa alucinación.

III

La aurora llega ciñendo enlutado cendal. Llueve copiosamente.

Las máscaras salen en confuso tropel del teatro, y acelerando el paso se dirigen á sus abandonadas viviendas.

Nada tan triste como la lluvia á la salida de un baile. Parece que el cielo llora los delirios de la pasada noche.

Mi pálida desconocida y yo salimos del brazo y ocupamos uno de los coches de punto que esperan á la salida del Real.

Mi desconocida da las señas de su casa, mejor que sentarse se abandona en el testero, y el carruaje, obedeciendo á su mandato, parte veloz.

Ya no ríe la pálida beldad, al contrario, su palidez se acentúa por instantes, de sus divinos ojos brotan ardientes y silenciosas lágrimas.

Le pregunto la causa de sus tristezas, y mis palabras no obtienen contestación.

El carruaje rueda y rueda largo tiempo.

Cuando el silencio que ambos guardábamos se iba haciendo de violento insostenible, llegamos á su casa.

Despedimos el cochero y le ofrecí mi brazo. Por angosta y destartalada escalera subimos al piso cuarto y entramos en una habitación pequeña, pobre, casi miserable, invadida por las sombras y la más tétrica oscuridad.

Temblorosa y agitada se desprende de mi brazo y enciende una pequeña lámpara, que hay encima de una mesa. Su oscilante llama ilumina súbitamente la reducida estancia, haciendo más latente su humildad y extrema pobreza.

En un ángulo descubro un lecho, y descansando en él, algo que me trastorna y llena de espanto.

—¿Qué es eso? pregunto delirante y frenético á aquella infeliz.

Y arrasados los ojos de lágrimas, dando expansión al más doloroso y desgarrador gemido.—Es el cadáver de mi hijo,

me contesta. Encontrábame sin recursos para pagar su entierro, y he ido al baile á ver si alguien me los facilitaba.

Lleno de espanto y compasión, á la par pongo en su mano todo el oro que me acompaña, y fuertemente impresionado salgo de su casa.

¡Amor materno, hasta en tus extravíos eres sublime!

IV

Va amaneciendo. El cielo continúa lóbrego y triste, las nubes se condensan cada vez más, imprimiendo al firmamento la perspectiva de enorme sábana plomiza. Los horizontes, cerrados por oscuras manchas, no muestran ni una línea de oro ni un punto de escarlata. Es una alborada más triste que la noche.

Ganoso de descansar de las impresiones recibidas me retiro á mi casa, pero al llegar á ella algo extraordinario é inesperado reclama de nuevo mi atención.

En la misma acera de mi casa yace en el suelo un *arlequín* bañado en sangre. El desgraciado tiene el pecho atravesado de una estocada, estando oculto su rostro por la careta más cómica y grotesca. La risa de sus labios de cartón, me recuerda la carcajada de aquella infeliz mujer. Su extrema palidez ¿qué era sino la máscara de su oculto dolor?

Obedeciendo á un impulso de caridad he arrancado á la víctima la alegre careta que ocultaba su faz. Le he mirado atentamente y todo mi ser se ha estremecido de terror. No era aquél un ser desconocido. En sus amoratadas facciones, en aquel rostro sin vida me he reconocido á mí mismo; á mí mismo herido, y en plena descomposición por el estrago de la muerte.

Convulso y agitado he llevado las temblorosas manos á mi frente, y á su frío contacto las he separado con espanto, las he llevado al corazón y he sentido su anheloso latir, pero las he separado teñidas en sangre.

Un grito de dolorosa angustia se ha escapado de mi pecho,

ocasionándome conmoción tan violenta, que en aquel instante... he dispertado.

Todo ha sido un sueño.

El cinturón de hierro que oprimía mi corazón se ha roto.

Pero algo queda que me impide recobrar el ansiado sosiego, la apetecida calma.

Es la firme convicción de que mi sueño ha sido engendrado por la realidad.

A. Opisso.

1891.



POR QUÉ MATA EL AMOR

DOLORA

—¿Por qué dicen, pregunta Rosalía,
que nos mata el amor, siendo tan bueno?
—Lo dicen los que saben, hija mía,
que si un vaso de amor es ambrosía,
un vaso de placer es un veneno.

Ramón de Campoamor.

EPIGRAMA

—¿Dices que acabas de dar
una obra á luz?
—Sí: *La Cruz*.
—Hombre, ¿te quieres burlar?
—Pues haces mal en dudar;
se la dí á mi prima Luz.



CHISPAS

Zoilo, tienes razón; todos los seres
somos del barro mismo;
mas no me probarás que el vaso etrusco
se parece al botijo.

—

Pudo el Hacedor crear
sin esfuerzo y con placer
cielo y astros, tierra y mar,
pero creó la mujer...
y tuvo que descansar.

—

Si yo debiese convertirme en piedra
y pudiera elegir,
no sería diamante, ni esmeralda,
ni ópalo, ni rubí.

¡Ni deidad, ni sepulcro, ni obelisco,
ni escollo en mar azul:
ser quisiera la pila de alabastro
donde te bañas tú!

MANUEL DEL PALACIO

EL PADRE NUESTRO

CUADRO NOCTURNO

(A MIS HIJITAS CLEMENCIA Y ROSA LASTENIA)

Escenario: una alcoba, entre albas nubes
de transparente gasa y lazos rosas,
aguardando á sus dueños, tres querubes,
tres diminutas camas primorosas.
Actores: una madre, dos chiquillas
que no suman entre ambas nueve años,
de ojos negros y mórbidas mejillas,
cabellos ondulantes y castaños;
Un chiquitín que goza sueño blando,
al seno de la madre suspendido,
é invisibles, cuatro ángeles velando
por la dicha inefable de ese nido.
Las dos niñas se han puesto de rodillas,
y alzando hacia la joven sus miradas,
unen con santa unción sus manecillas,
y recitan las preces consagradas.
—*Padre nuestro,* comienza en tono grave
la religiosa dama, y las pequeñas:
—*Padre nuestro,* repiten con voz suave,
y—mamá, mire al niño que hace señas,
Y se ríe, interrumpe la chiquita.
—¡Silencio! Ahora rezad: tú, Luisa, empieza:
Padre nuestro...
—Mamá, lo sé solita:
Padre nuestro que estás... Julia no reza.
—Vamos, ¿no seguiréis? *Que estás...*
—*Que estás*
en los Cielos...
—*Los Cielos...*
—¡Claro, ea!
—¿En los Cielos, mamita?—¿Allí no más?
papá me ha dicho que, aunque no le vea,
Él se halla en todas partes...
—¡Pizpireta!
vais á empezar de nuevo por castigo.
—Mi papá me ha ofrecido una peseta...
—Y á mí también...
—Si de corrida digo
los *Mandamientos* y la *Salve* entera.

—¡Pero tú no lo sabes y yo sí!
—¿Que no lo sé? Verás: *Los Manda...*
—Espera...
—¿Vais á reñir?
—Si Julia...
—¿Yo, qué? Dí:
—Basta, que ya me enojo. ¡Quietecitas
¿De ver al niño no tenéis vergüenza,
más formal que vosotras?
—Las manitas,
mamá, las ha enredado aquí en mi trenza
y sabe tirar duro... ¡Ay, señorito,
suelte!...
—No grites, que ya arruga el ceño.
—Mas por fin, ¿no rezamos un poquito?
—Muy poquito, que estoy muerta de sueño.
—Volved á arrodillaros. Ya está: ahora,
tornad hacia esa imagen vuestros ojos
y á la Virgen pedid, Reina y Señora,
con el alma también puesta de hinojos,
que de talento en vez, belleza y oro,
os dé de una alma justa la templanza,
de cristianas virtudes el tesoro,
santa Fe, ardiente Amor, viva Esperanza;
humildad, mansedumbre y obediencia
á todos los preceptos celestiales;
pues los bienes mayores serán males
si tenéis una mancha en la conciencia!
Pedidle que conserve sin mancilla...
mas ¿qué veo? ¿dormís?...
Sí; ya reposa
en graciosa actitud, sobre una silla,
de Julia la cabeza primorosa;
mientras que de su madre en el regazo,
mezcla con los rosados piececillos
del gordinflón *bebé*—doblado un brazo,
y sobre él acostada—los anillos
de su cabello, la hechicera Luisa...
vaga aún por los labios sonrosados
de entrambas niñas, plácida sonrisa...
¡Venid, venid, pintores inspirados,
venid, grandes poetas y escultores;
de esos niños la angélica figura,
de los maternos ojos los fulgores,
copie el mármol, el verso ó la pintura.

LASTENIA LARRIVA DE LLONA.

Guayaquil.



Sra. D.ª Mercedes Cabello de Carbonera

DISTINGUIDA NOVELISTA PERUANA



EL ÁLBUM DE UN PADRE

Hay una cosa que me hace estremecer.

Algunas veces, mirándolo, me figuro los muchos millares de niños, de su edad, nacidos en el mismo día, y que en este instante son como él inocentes y cariñosos; me los figuro en sus cunas, entre los brazos de sus madres, cubiertos de besos y llamados con los más dulces nombres de la lengua humana; veo en el corazón de sus padres la misma esperanza, el mismo presentimiento de que serán honrados y felices, mejor dicho, la misma seguridad mía, y tan fundada como la mía, y no de otro modo alimentada que como yo alimento la mía al mirar mi hijo; y pienso que, sin embargo, de toda esa legión de angelitos saldrán ladrones, falsarios, asesinos, parricidas que arrojarán la desesperación y la deshonra sobre sus familias. Cuando este pensamiento se fija en mi cabeza, tengo que hacer gran esfuerzo para librarme de él.

Esta mañana tomé mi niño sobre las rodillas, y le pregunté:

—Niño, ¿serás tú un asesino?

(Él no comprende todavía el significado de estas palabras).

—Sí, respondió, pero quiero dulces.

¡Si pudiese adivinar su porvenir como hacen los gitanos, en la palma de la mano!

¿Qué manejará esta manecita?

¿La espada?

¿El puñal?

¿La pluma?

¿El arco de violín?

¿El escalpelo del anatómico?

¡Pobre manita, cuántas veces sostendrás la cabeza fatigada por el ingrato trabajo ó por el pensamiento doloroso!

¡De cuántas cartas listadas de negro romperás el sello!

¡Cuántas diestras de falsos amigos y de mujeres indignas tendrás que estrechar!

Pero tú la conservarás limpia de toda mancha, hijo mío, y si cuando te hiera un gran dolor, inmerecido, te asaltan impulsos de levantarla en alto, no la levantes, no, para maldecir, sino para juntarla con la otra, como todas las noches y todas las mañanas te enseña tu santa madre.

—

Miro su manecita, la abarco toda en mi puño, y sonrío pensando que pasaron también por esta forma las manos de los guerreros más formidables y de los artífices más gloriosos del mundo.

Y de esta idea, paso á mis pensamientos predilectos, de la infancia de los grandes hombres.

Me figuro á Homero, que se desespera porque le han quitado un albérchigo; á César, que tiembla delante de un ratón; á Dante, que salta en la silla de un caballo de madera; á Miguel Ángel, que mientras su padre le enseña una estatua, está todo dedicado á machacar un hueso con el pie, y á la señora Bonaparte, que dice al futuro vencedor de Europa:

—¡Qué vergüenza! ¡A esa edad, cuando se tiene una necesidad se dice y no se ensucia de este modo la casa!...

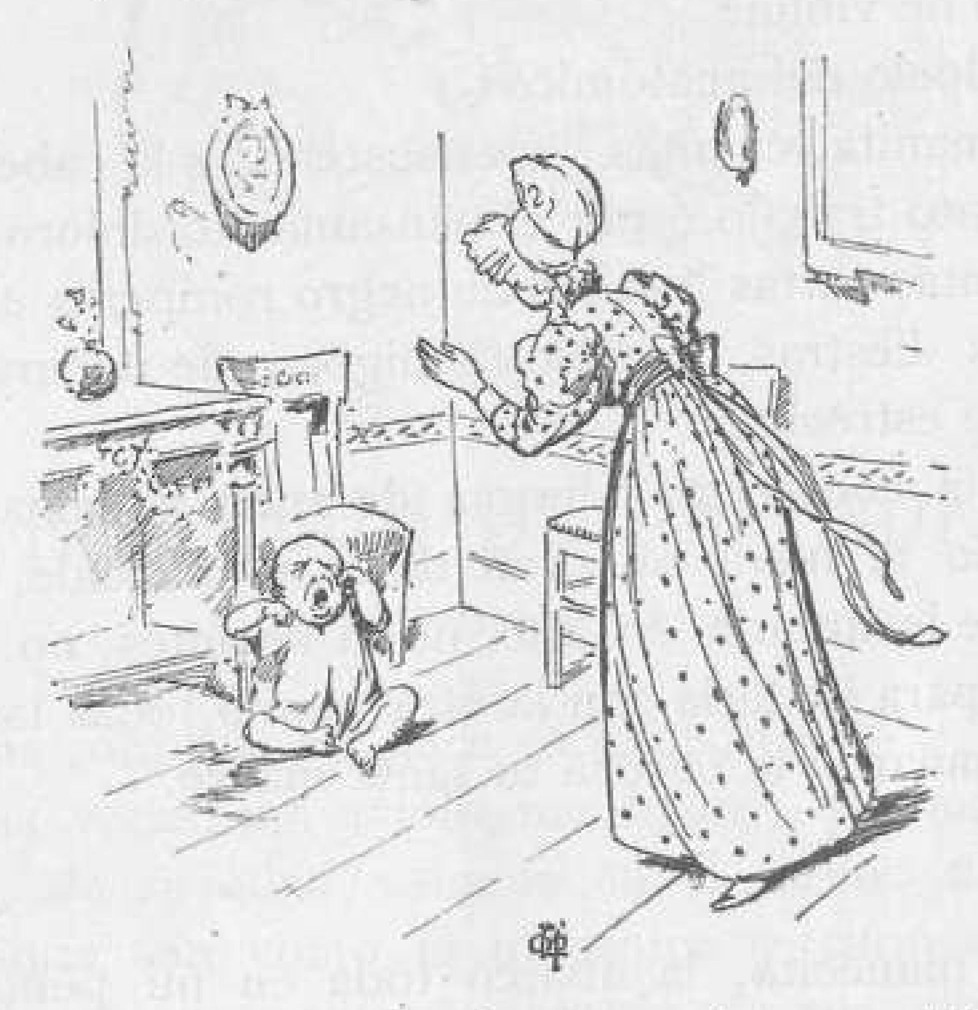
—

¡Si llegase á ser un grande hombre! Es un sueño de todos los padres; pero no, es imposible.

Enigma, enigma al fin; jeroglífico cuyo significado es aún

desconocido; palabra de la cual no está escrita más que la primera letra; número de la inmensa lotería humana. Esta duda es el más dulce alimento de mi vida.

Me parece que poseo misterioso cofrecillo, en el cual es



posible que haya un puñado de arena ó un montón de perlas. Estoy cerca de los treinta años, y mi porvenir, que empezaba á limitarse, se ha prolongado de improviso; he perdido las últimas ilusiones de la juventud, he encontrado las infinitas ilusiones de la infancia. ¿Qué importa que mis cabellos se caigan? ¡Los suyos se espesan! ¿Qué importa que yo descienda?

¡Él sube!

—

Y ¿si fuese, por el contrario, de escasa inteligencia y de fibra débil, no sólo para no salir de la oscuridad, sino para permanecer entre el último?

Cuando me asalta este pensamiento siento irresistible necesidad de estrecharle contra el pecho y de cubrirlo de caricias, como para pedirle perdón de la vasta ambición que me lo hace soñar distinto de aquello á que puede estar él predestinado.

Tengo necesidad de asegurarle desde ahora que cuanto más pequeño sea el puesto que le esté reservado en el mundo tanto más grande será el que tenga en mi corazón. Pensando que algún día, tal vez al volver de la escuela, me dirá llorando: «Soy el último,» siento un estremecimiento de amor por él.

Pero esto no será, porque le ayudaré en sus estudios, me volveré á dedicar al latín, al griego, á las matemáticas; velaré con él, y volcaré tanto afecto en su corazón que el corazón iluminará la inteligencia.

Cuando aquí debajo hay un tesoro, también hay alguna cosa aquí encima.

—

Los niños proporcionan grandes consuelos. ¿Quién lo sabe mejor que tú, pobre criada vieja?

Tú eres amada en casa, pero tu cabeza calva, tu rostro arrugado, toda tu persona desfigurada por los años, te hacen fastidiosa á los individuos que te son queridos, y constituyen la causa de que ellos no te prodiguen las caricias que tú les prodigabas á ellos cuando eran niños.

Alberto se retira bruscamente hacia atrás cuando tú acercas el rostro al suyo para mirar las estampas del libro que hojea.

Enrique, desde hace mucho tiempo, no quiere que tú le hagas el lazo de la corbata, por no sentir tu aliento y el contacto de tus manos.

—

Cuando quieres besar á Adelaida, la muchacha que has llevado en brazos durante tantos años y divertido con tantas historias en las largas noches del invierno, estás reducida, porque no te rechace, á besarla furtivamente cuando duerme.

Hay una sola criatura en el mundo que no rehusa tus caricias, que ama tu cabeza calva y tu rostro arrugado, que te recompensa de todas las ingratitudes y de todas las amarguras, y es este niño de tres años.

—Ernesta, te dice besándote en la boca, ¡qué hermosa eres!

—

Y siempre recaigo en el pensamiento de la belleza.

No creo que el padre, fuera del afecto que todos comprenden, debiese alimentar por el hijo un sentimiento tan igual al del escultor por su estatua.

Yo, no obstante, observo con temblor el rostro de quien lo mira, interpreto las sonrisas y comento los cumplimientos como el artista poco seguro de su obra. Toda su belleza me parece un mérito de mis manos, todas sus imperfecciones el efecto de un error mío. Cada día se me presenta con nuevo aspecto.

Lo miro y lo vuelvo á mirar de frente, de perfil, por delante, por detrás, por encima, por debajo; corrijo con los ojos algunos de sus rasgos, permanezco perplejo, reflexiono; pero, concluyo siempre frotándome las manos y diciendo que es un hermoso trabajo.

—

¡Qué grandes niveladores del corazón humano son los niños!

Hay una pobre mujer con un niño en brazos sentada en el escalón de una puerta, que ve pasar una señora en coche con otro niño sobre las rodillas. El niño de la señora está vestido de terciopelo, el suyo cubierto de andrajos: aquél llevaba un bulto de juguetes, éste no había visto jamás ninguno; aquél comía confites, el otro roía un pedazo de pan negro. Sin embargo, de las miradas que las dos mujeres cambiaron sobre sus propios hijos, las que expresaban un sentimiento de envidia eran las de la señora. La pobre mujer lo advirtió, y exclamó con estremecimiento de orgullo:

—¡El mío es más hermoso!

—

Yo no sé si todos los padres verán en sus hijos lo que yo

veo en el mío: sé que mientras lo contemplo, admiro la infinita amabilidad de la infancia, que me parece una compensación dada por Dios á la ansiedad y á los cuidados que nos cuestan. Tienen movimientos de cabeza, expresiones de estupor, relámpagos de sonrisas, gestos fugitivos, caricias, coqueterías, monadas inexplicables que me arrancan un grito de amor siempre.

—¡No me provoques! le digo algunas veces. Y en esta gracia encantadora de gestos y actitudes hallo una variedad inmensa, una transfiguración continua, una sorpresa á cada instante.

Me parece que encerrado con él en un castillo solitario, sin libros, sin trabajo, sin otro cuidado que el de custodiarlo, no tendría ni una hora de fastidio.

—

Es extraño lo que pienso hoy por la primera vez: ¡esta carita, esta vocecita, esta gracia angelical, que alegra ahora mi vida, dentro de algunos años no existirá ya!

Cada día que pasa me roba alguna cosa de este niño. Dentro de algunos años tendrá otra cara, hablará con otra voz, gesticulará de otra manera, y de la criatura de hoy no me quedará sino algún retrato y algunas reminiscencias. Este cuerpecito no es más que una figura que pasa delante de mí y que debe desvanecerse.

Será irracional: ¡pero es un pensamiento que me entristece!

—

No comprendo ahora cómo he podido vivir tanto tiempo y ser casi feliz en una casa tranquila; donde no había jamás una silla fuera de su sitio; donde no se tropezaba con un juguete; donde no se hicieron en la vida pajaritas de papel; donde no había sino camas enormes; donde no se oían nunca más que pasos lentos y graves; donde no se escuchaba otra cosa que voces tranquilas diciendo siempre cosas razonables sin faltas gramaticales...

Con frecuencia, al verlo tan bien vestido y alimentado, con un montón de bagatelas delante, digo para mí:

—¿Y si un revés de la fortuna me redujese á no tratarlo de ese modo? Toda mi sangre se revuelve violentamente á esta idea, y al mismo tiempo se levanta mi frente y mi alma se agiganta.

¡Ah, no será jamás, niño mío! ¡Aunque tuviese que comprar cada uno de tus juguetes con una noche de trabajo, descontar cada vestido nuevo con una arruga de mi frente, pagar cada día de felicidad con un mechón de cabellos blancos, conservar el color rosado de tu rostro con la tortura de mi cerebro y de mis huesos!

¡Qué me importaría que la gente riese de mi cara descarnada y de mi vestido roto! Te llevaría á pasear conmigo á cualquier parte solitaria del campo y me sentaría á la puesta del sol oprimiendo tu cabecita contra mi pecho.

¡Ah, no temas! Entre tú y la pobreza están mis treinta años, mi voluntad indómita y la fuerza desmesurada de mi cariño.

—

Hoy le he hecho tomar un baño en una palangana rota, y al verlo desnudo y bello, goteando agua y riendo, pensaba:

—Sin embargo, si á esta pobre criaturita la consume la fiebre, la viruela lo pica, la tos convulsiva lo ahoga, el crup lo destroza... será preciso verlo quedarse negro, agitarse, volver los ojos llenos de lágrimas, pedir socorro moviendo las manecitas y permanecer rígido; será preciso verlo encerrar en pequeño ataúd, llevarlo de prisa, envuelto en un paño negro, descender á la fosa y cubrirlo de tierra y de piedras, y después volver á casa pensando que él está allí, bajo la nieve, en medio de un campo lleno de esqueletos; y al tornar á casa, ver sus juguetes, sus vestidos, su cuna vacía, su sillita vacía, la habitación vacía, todo el universo vacío, y oir resonar en aquel horrible silencio las risas de los niños del vecindario...

¡Ah! cuando sucede esto me parece que no se puede hacer más que dos cosas: ó destrozarse el cráneo contra la pared

ó caer de rodillas y permanecer perpetuamente con la frente clavada en la cuna.

Desde que mi vida está ligada á esta criatura, el pensamiento de la muerte no me aterra, ó no me entristece ya sino en cuanto se refiere á su porvenir.

Pero si por su vida debiese sacrificar la mía, si debiese con la seguridad de salvarle hacer escudo con mi cuerpo y defenderle sin defenderme, inmóvil, con él en los brazos y diez asesinos por la espalda, ¡oh! me estremezco con no sé qué voluptuosidad feroz y soberbia; creo, siento, juro que me dejaría acribillar á puñaladas, cubriéndole la cabeza de besos, sin abrir la boca para gritar:—¡Piedad!—y sin derramar una lágrima por mi suerte.

Esta mañana entre otras cosas raras de las suyas, he descubierto, que él cree que los hombres están hechos de madera, y á pesar de cuanto le había dicho...

(Interrumpido por la caída de una pelota de goma que ha derribado el tintero).

EDMUNDO DE AMICIS.



HUMORADA

Me inspiras compasión, pues dicen que eres
¡oh infeliz! muy feliz con las mujeres.

RAMÓN DE CAMPOAMOR.

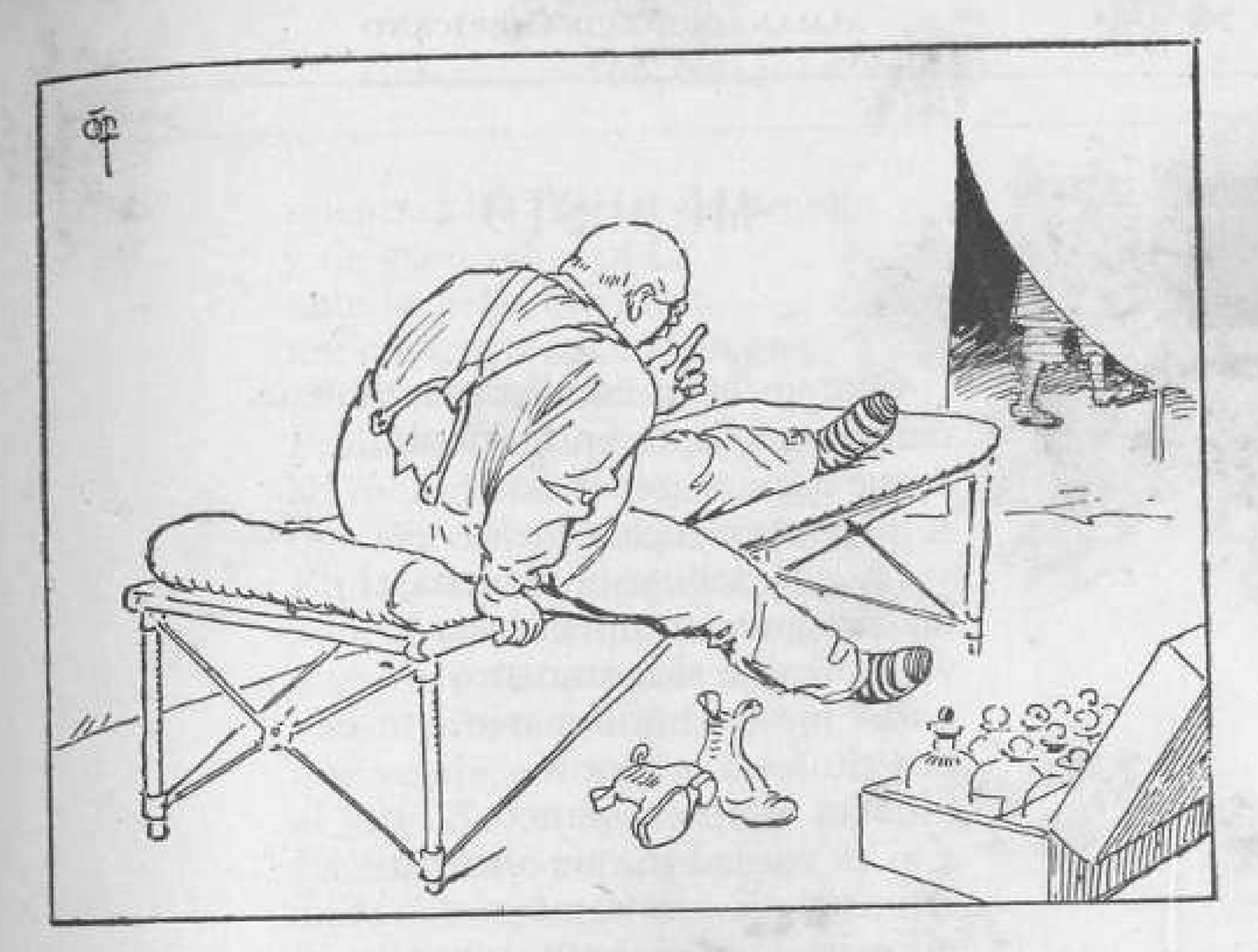
EL CENTINELA Y EL MÉDICO DEL REGIMIENTO



—Con la maldita tos del centinela,
¿quién diablos va á dormir? ¡ni el más estoico!
pues antes que pasar la noche en vela,
voy á ensayar este remedio heroico.



—¡Abre la boca pronto!
—¡Puf! ¡qué asco!
¡esto sabe á demonios!
—¡Toma y calla!
—¡Pero, doctor! ¡si apuro todo el frasco,
estallo sin remedio!
—¡Pues estalla!



—¡Cesó la tos!... ¡oh efecto sorprendente!
aunque la envidia sin cesar me acose,
bien dice el socarrón de mi asistente
que en medicina, á mí, nadie *me tose.*



—¿Pasó la tos?
—¿Qué tos? si el resfriado
era, doctor, un compañero mío,
el mismo á quien yo había relevado,
antes de darme aquel brebaje impío!

MI BUSTO

Que un buen escultor, se anuncia,
cincela mi busto en mármol,
y que amigos generosos
se proponen regalármelo.
—¿A qué debo este homenaje?
me pregunto estupefacto;
yo nunca he sido ministro;
nadie me cree millonario;
mis títulos á la gloria
todavía están en blanco,
y si es verdad lo que afirman
cronistas de cierto rango,
mi existencia es, en resumen,
toda un puro descalabro.
¿Qué pudo, pues, inducir
á hacerme el presente clásico,
precisamente en el punto
en que voy barranca abajo?
¿Si será por lo ingenioso,
ó, quién sabe, por lo santo?
Modestia aparte, me inclino
á creer haya en esto algo,
si la virtud se calcula
por la cuenta de los años,
y el vivir pobre y sin deudas
equivale á hacer milagros.
De ello, sea lo que fuere,
dejo el comento á los sabios,
prefiriendo comenzar
la cosecha de mis lauros,
desde que está decidido
entre tirios y troyanos,
que si en mi noche no hay soles,
por lo menos hay relámpagos.
¡En piedra alba de Carrara
reproducidos mis rasgos!
¡Mi casuca ennoblecida
con marmóreo simulacro!
¡Oh, ya me imagino el verle
sobre pedestal de cuarzo!
maravilla á los sirvientes,
asombro de mis muchachos,

mientras mi esposa, de orgullo
y de gozo rebosando
ante la bella escultura,
me compara á Carlomagno.
¿Pero dónde colocarla?
Problema, de veras, arduo.
Mi morada nada tiene
que ver con el Vaticano.
En la sala, es imposible;
admite apenas mis cuadros,
obra de artistas ignotos
con nombres estrafalarios,
que vendieron á vil precio
el fruto de sus brochazos.
La estancia (no artesonada)
mide sólo seis por cuatro;
en ella mi biblioteca
se ha metido por asalto.
Pocos muebles la decoran,
(los compré á un *mueblero* vasco),
sobresaliendo en el porte,
sin dar cabida á más trastos,
un venerable instrumento
con pretensiones á piano.
¿En el dormitorio? ¡Diantre!
Produciría un escándalo,
siendo yo de carne y hueso,
verme allí petrificado.
Tampoco en el comedor:
la mesa, un sofá inválido,
que más que á la gente, sirve
de mullido lecho al gato,
y el morrudo aparador
donde descansan los platos,
ocupan con grave aplomo
de esa pieza todo el ámbito.
Las demás habitaciones
que miran vizcas al patio,
aderezadas no fueran
á los mármoles de Paros;
y en la bodega mi imagen...
¡Primero un pistoletazo!
Discutiendo en el asunto
con mi vecino don Pancho,
un buen criollo, y de consejo,
me dijo: —Mire, sea práctico;
por esas y otras razones

de que estoy también al cabo,
no desaire á las personas
empeñadas en honrarlo.
En recibir no hay baldón,
tratándose de agasajos.
Si el zorzal canta en el monte
se le escucha con encanto;
á la poesía, coronas;
á la vil prosa, morlacos.
Acepte el obsequio, es justo.
¿Que en casa no tiene espacio?
Pues envíelo al museo,
ó á una vidriera del tránsito.
A mi parecer, sería
lo mejor, que en algún cuarto,
bien envuelto en una lona
lo conserve entre sus bártulos.
Ya usté no está muy mocito;
somos mortales, don Carlos,
y si viene la pelada
no hay tu tía, chancelamos.
En la Chacarita entonces,
puestos en el triste caso,
luciría en un buen túmulo
su figura de ermitaño.
Ni faltarían las flores
á quien las diera á puñados,
y si el mundo lo olvidaba,
lo llorarían los pájaros.—
¡Para cuando yo me muera,
sobre mi tumba!... ¡canastos!
Allí sólo vendrá bien
una humilde cruz de palo.
Nada, propongo al artista,
digno á fe de mis sufragios,
y á las almas candorosas
que me honran con su entusiasmo,
por evitar contingencias
y el dar á la envidia pábulo,
sin perjuicio de ofrecerles
mi gratitud hasta en cánticos,
que pues el busto no está
concluído aún, en un rapto,
de inspiración, le transforme
el escultor, cincel ático,
en la imagen veneranda
del gran apóstol san Pablo

y fecho, se la conduzca,
si es posible, bajo palio,
en solemne procesión
á alguna iglesia de campo,
ó á la modesta capilla
de los padres Escolapios.

CARLOS GUIDO Y SPANO.

EL GRAN PROBLEMA

¡Morir! ¿Y qué es morir? Terrible enigma
grabado de la vida en el umbral
como meta infranqueable á la esperanza
y á la ambición tenaz!
¡Morir! ¡Bálsamo dulce de las penas!
¡Morir! ¡Gota amargante del placer!
¿Es acaso acabar toda existencia,
ó es empezar á ser?
¿Es fría soledad, plácido sueño,
reposo corruptor, triste quietud?
¿O es romper la crisálida envolvente
y transformarse en luz?
¿Sigue al postrer clamor silencio eterno,
ó un cántico de triunfo y galardón?
¿Tras la tumba hay las aguas del olvido,
ó el filtro del amor?
La inapagable sed que al hombre inflama,
¿es inquietud de fiebre pertinaz,
ó atracción poderosa con que tira
del alma la Verdad?
Signa la fe con su celeste dedo
la tumba como puerto salvador,
pero ¡ay! que al acercarse al negro borde
vacila la razón.
¿Es duda ó es espanto? En vano, en vano
interroga á la ciencia con afán;
la ciencia ignara, como helado esfinge
no responde jamás.
¡Ah! Para hacer tus luchas meritorias,
demente humanidad, ha dicho Dios:
—Te daré los secretos de la vida;
los de la muerte, no.

PEDRO HUGUET Y CAMPAÑÁ.

LA SEÑORA Y LA DONCELLA



—¿Cómo te llamas?
                    —Andrea,
y aun cuando no es, por fortuna,
mi cara del todo fea,
soy juiciosa, y... ¡vamos! crea
que no tendrá queja alguna.
—Pues si eres trabajadora,
puedes quedarte desde ahora
á mi servicio.
                    —¡Qué gozo!
y dígame usted, señora,
¿el señorito es buen mozo?

IDILIO

(DE «PEREGRINACIONES DE UNA ALMA TRISTE»)

. . . .

Departiendo así, sentadas bajo el algarrobo al lado del fuego, la puestera acabó de asar en una brocha de madera un trozo de vaca; vació en una fuente de palo santo el tradicional *ápi;* molió en el mortero, rociándolos con crema de leche, algunos puñados de *mistol*, y he ahí hecha la más exquisita cena que había gustado en mi vida, y que ella sirvió sobre un cuero de novillo extendido al lado de la lumbre. En seguida fué á llamar á su marido y á mis conductores, que platicaban sentados al sol poniente; y acomodados, como pudimos, en torno de la improvisada mesa, hicimos una comida deliciosa, sazonada con la inocente alegría de los niños y los chistes espiritualísimos de los dos elegantes gauchos.

El huerfanito se hallaba entre la puestera y yo. Aunque la buena mujer lo miraba con la misma ternura que á sus hijos, había en la actitud del pobre niño cierto encogimiento, y en la mirada que alzaba hacia su bienhechora, una triste sonrisa...

La algarabía de los niños y el alegre canto de las charatas, me despertaron al amanecer del siguiente día.

Mis compañeros tomaban mate sentados al lado de una gran fogata, en tanto que se asaba sobre las brasas el inmenso churrasco que había de servir para su almuerzo.

Nuestros caballos ensillados, pero libres del freno, pastaban la grama salpicada de rocío, que crecía en torno de la casa.

La puestera coció una torta debajo del rescoldo; ordeñó á dos vacas, y me dió una taza de apoyo con sopas, desayuno exquisito que no había probado yo hacía mucho tiempo.

Eran apenas las siete de la mañana, y ya aquella excelente madre de familia había barrido su casa, arreglado los

cuartos, lavado y vestido á sus niños, molido el maíz, puesto las ollas al fuego, regado la sementera y sentádose al telar.

Nada tan plácido como la vida doméstica entre estos sencillos hijos de la Naturaleza, para quienes la felicidad es tan fácil de conquistar.

¿Un mancebo y una muchacha se aman? Únense luego en matrimonio, sin preocuparse de si ella no tiene sino una muda de ropa y él su *apero* y su *chiripá*.

¿Qué importa? La joven novia lleva en dote manos diestras y un corazón animoso.

Danzado el postrer *Cielito* de la boda y apurada la última copa de *aloja*, el novio deja la casa de sus suegros llevando á la desposada en la grupa de su caballo y va á buscar al abrigo de alguna colina ó en la ceja de un bosque el sitio de su morada.

Los vecinos acuden. Las mujeres ayudan á la esposa á confeccionar la comida, los hombres al marido á cortar madera en la selva.

Unos plantan los horcones, otros pican paja; éstos hacen barro; aquellos atan las vigas con lazos de cuero fresco que cubren con cañas y barro preparado, echándole encima una capa de juncos.

Y he ahí la casa pronta para recibir á la nueva familia.

Los vecinos se retiran dejando prestado á él un par de bueyes y una hacha; á ella dos ollas, dos platos y dos cucharas.

El marido corta tuscas en las cañadas inmediatas, las trae á la rastra y forma con ellas el cerco del rastrojo; ara la tierra y siembra maíz. Ella siembra en torno al cerco algodón, azafrán, zapallos, melones y sandías. Toma luego arcilla negra, la amasa y hace cántaros, ollas, artesas y platos. Sécalos al sol, los apila en pirámide cubriéndolos de combustibles, los quema; y he ahí la vajilla de la casa.

La sementera ha crecido; las flores se han convertido en choclos, maíz, zapallos, sandías y melones.

He ahí el alimento que consumen y venden para comprar tabaco, hierba, azúcar, velas y el peine de un telar.

El algodón y el azafrán maduran; abre el uno sus blancas

bellotas, el otro las suyas color de oro. La nueva madre de familia los cosecha. Su ligera rueca confecciona con el uno, desde el grueso pábilo hasta la finísima trama del cendal, que ella teje para sus vestidos de fiesta; de la estofa con que arregla los de su marido, desde la bordada camisa hasta el elegante chiripá teñido color de rosa con las flores del azafrán.

Diciembre llega, y con el cálido sol de este mes la dulcísima algarroba y el almibarado mistol, que la hija de los campos convierte en patay, pastas exquisitas, que quien las ha gustado prefiérelas á toda la respostería de los confiteros europeos.

De todo esto vende lo que le sobra; con ese producto compra dos terneros *guachos*, y plantea con ellos la cría de ganado vacuno. Poco después, merced á las mismas economías, adquiere un par de corderitos; la base de una majada, con que más tarde llena sus zarzos de quesos y su rueca de blanca lana, á la que da luego por medio de tintes extraídos de las ricas maderas de nuestros bosques los brillantes colores de la púrpura, azul y gualda que mezcla en el urdimbre de *ponchos* y cobertores.

Y cuando el trabajo de la jornada ha concluído, llegado la noche, y la luna desliza sus rayos al través de la fronda de los algarrobos del patio, la hacendosa mujer tórnase una amartelada zagala y sentada en las sinuosas raíces del árbol protector, su esposo al lado y entre los brazos la guitarra, cántale tiernas endechas de amor...

—¡Qué feliz existencia!—pensaba yo, alejándome de aquella poética morada.

Tal fuera mi suerte, si antes que despertara el corazón, no me hubiesen arrancado al suelo de la patria. Unida á uno de sus hijos con el triple vínculo de las ideas, las costumbres y el amor, mis días habrían corrido tranquilos como ese arroyuelo que susurra entre la grama.

Y volviendo una mirada al tormentoso pasado, mi labio murmuraba la doliente exclamación de Atala:—¡Felices los que no vieron nunca el humo de las fiestas del extranjero!...

JUANA MANUELA GORRITI.

LA MUNDANA



—¡Qué cuerpo tan elegante
y qué contornos tan puros
los de tu bella inconstante!
¿cuánto tiempo fué tu amante?
—Durante cinco mil duros.

PROFESIÓN DE FE

De mi vida en el trágico sainete
soy para Dios, que el Universo guía,
un sabio, á quien le basta en su agonía,
saber que dos y cinco suman siete.
En comer y engordar como un zoquete,
se funda mi mejor filosofía,
y en sus ansias de luz, al alma mía,
le sobra con la luz del Padre Astete.
Corran otros en busca de las bodas
que al aire el mármol de su pecho esbelto
les brinda el coro de las gracias beodas.
Amo la soledad, y estoy resuelto
á darme el lujo de morir envuelto
en el sayal de mis virtudes godas.

J. J. García Velloso.

EL PUESTERO

Del Salado á la mansa amena orilla
se levanta la rústica cabaña
del humilde *puestero;* y tan sencilla
de paja, barro y caña,
sobre toscas *tijeras* construïda,—
es así de su dueño tan querida.

—

Con el sudor de su tostada frente
mezclado ha sido y amasado el barro;
y al humo de su hogar resplandeciente
fuma en paz su cigarro,
en tanto que su amante compañera
trenza al alba su negra cabellera.

—

No el suave olor del oriental perfume
se extiende por la plácida morada;—
mas la *visnaga* que el hogar consume
da aroma delicado;
mientras el aire y la luz de la mañana
penetran por la rústica ventana.

—

Brilla el fuego y chispea alborozado...
con alegre rumor en la caldera
el agua suena; *el mate* regalado
prepara la puestera;
y uno *él,* otro *ella,* van tomando
la sabrosa bebida paladeando.

—

Fulgente sol los campos va vistiendo
de variado matiz y resplandores,—
van su aroma las flores esparciendo;
y cántiga de amores,
con dulce voz y música süave,—
en el pajizo techo ensaya el ave.

—

Bala el cordero en el corral cercano,
el potro negro, de su dueño orgullo,
cerca, ensillado ya, relincha ufano;
y el tranquilo murmullo
del Salado que corre, este concierto,
este canto completa del desierto!...

—

Luego el *puestero* en su caballo sube
y á sus diarias tareas se dirige;
nunca empaña su frente negra nube
ni la ambición le aflige:
su familia, su rancho, le es bastante;
crece el mirto en redor exuberante.

—

Corre el campo cantando en su alegría,
su ganado pacífico rodea;
y cuando el sol ardiente al medio día
sus rayos centellea,
vuelve á su rancho, donde ya le espera,
con su hijo, su amante compañera!

—

Come su *asado* y duérmese tranquilo,
y el sol bajado, se despierta, mira
con gozo aquel de la virtud asilo,
y del amor,—y aspira
el aire libre de la abierta pampa
donde su sello la grandeza estampa!...

—

Con ojos cariñosos le contempla
su compañera, mientras su hijo viste...
Aquel cuadro el espíritu retempla,—
que sobre el mundo triste
para ser venturoso poco basta...
¡Mas la ambición nuestra ventura gasta!

—

¡Feliz, quien con su suerte bien hallado,
y exento de ambición, de falsa gloria,
deja correr, de su familia al lado,
la vida transitoria;
y como ese *puestero*, sin apuro,
prepara la simiente del futuro!

SEGUNDO I. VILLAFAÑE.

Buenos Aires, 1891.

A UN AUTOR DE PENSAMIENTOS

Cuando admires el inmenso
don que tienes de pensar,
podrás, amigo, exclamar
con justicia:—¡Cómo pienso!

LOPE DE FIGUEROA.

CELEBRIDADES CONTEMPORÁNEAS



Arrigo Boito

EMINENTE MAESTRO COMPOSITOR ITALIANO

ARRIGO BOITO

Cábele á Boito la gloria de ser un poeta de elevada inspiración, original y lleno de espontaneidad, hábil libretista, á la vez, é incansable propagador de la estética de Wagner en Italia; cábele, también, la satisfacción de haber escrito la ópera *Mefistofele*, que influyó en su país, hasta cierto punto, en el abandono de la gastada tradición, haciendo que la moderna escuela musical italiana entrase, decididamente, en el camino señalado por los progresos del arte.

Arrigo Boito, músico, poeta y crítico, nació en Padua en 1842, á 24 de Febrero. Hijo de un reputado pintor veneciano y de una dama de la aristocracia polaca, pasó en el país natal los primeros años de su vida, hasta que en el mes de Noviembre de 1853 se decidió á ingresar en el Conservatorio de Milán, con ánimo de proseguir y encauzar los estudios musicales en que se había ya anteriormente iniciado, poniéndose bajo la dirección del celebrado maestro Mazzucato durante nueve años.

Terminados todos los estudios, salió del Conservatorio allá por el año de 1862, después de haber ganado, junto con Franco Faccio, el premio extraordinario por el Oratorio titulado, *Le Sorelle d' Italia*, letra compuesta por Boito, y la música por Faccio y Boito juntos. El premio extraordinario consistía en una pensión concedida por el gobierno italiano, y con ánimo de disfrutarlo y estudiar á la vez los adelantos del arte musical, los dos inseparables amigos emprendieron juntos un viaje por las principales naciones de Europa.

Mientras Boito estudiaba en el Conservatorio habíase ensayado en el cultivo de la poesía y en el de la crítica musical. Una de las obras poéticas que produjo en aquella época, un poema, titulado *Re Orso*, tuvo el don de apasionar al público, provocando vivas discusiones, y llamar la atención del mundo literario que señaló con gusto las excepcionales y raras condiciones de ingenio que poseía su autor.

Mientras cultivaba con tan buena suerte la literatura empezó á escribir el libro y la música de una ópera sobre el gran poema de Goethe, *Fausto*, que bautizó con el nombre de *Mefistofele*, por la importancia que en el plan del libreto había adquirido este personaje y para que pudiese distinguirse entre tantas obras escritas sobre el mismo asunto y con el título de *Fausto*, que no son pocas en la historia de la música.

La audición del *Faust*, de Gounod, descorazonó bastante al joven compositor y le hizo cambiar toda la acción del libro añadiéndole el *Prólogo*, cuya escena pasa en el cielo, y una segunda parte, igualmente compuesta, como el Prólogo, siguiendo el plan ideado por Goethe.

Aventurarse un artista músico durante los últimos treinta años de nuestra época en la vía del drama lírico, mal explorada por los compositores italianos, aferrados, casi todos ellos, á lo tradicional, que exigía fuerte y honda remoción, equivalía á asegurar su desventura.

Tal aconteció á Boito en su afán de tentar y explorar nuevos horizontes. La aparición de su *Mefistofele* en el teatro de la *Scala* de Milán, allá por el año de 1868, conturbó al público que se desató en improperios contra la obra, su autor y las tendencias de la escuela moderna.

Boito sintió hondamente el fracaso de su obra y este suceso le inclinó á dedicarse con nuevo ahinco al cultivo de las letras. La guerra del año 1866 sugirió á Boito y á su fiel amigo y condiscípulo Faccio alistarse, junto con otros compañeros, en el primer regimiento de voluntarios de Garibaldi.

Algún tiempo antes había escrito Boito el libro de una ópera, *Hamlet*, cuya música compuso Faccio. Representóse con éxito en 1865 en Génova, aunque no fué bien recibida, pocos años más tarde, cuando en 1871 se reestrenó en la *Scala* de Milán.

Cúpole suerte bastante singular á una ópera que Boito escribió sobre el conocido asunto mitológico, *Ero e Leandro*. Teníala á punto de terminar cuando á consecuencia del fracaso del *Mefistofele* destruyó la composición musical cediendo el libro á otro compositor, al célebre Bottesini, el afamado

contrabajista que no han olvidado los viejos *dilettanti* de Europa y América.

Escribió luego para el compositor Coronaro el libro de *Un Tramonto* y para Ponchielli el de la *Gioconda*, que Arrigo Boito firmó con el anagrama *Tobio Gorrio*.

Sonó, para Boito y para su ópera *Mefistofele*, la hora de la rehabilitación, que alcanzó un verdadero y muy sonado triunfo cuando fué representada de nuevo en Bolonia el año 1875, previamente modificada en el fondo y en la forma.

En 1877, el editor Casanova, de Turín, publicó un libro de versos, de Boito *(Il libro dei versi)*, que, además del *Re Orso*, el poema antes mencionado, contiene varias obras líricas, algunas de las cuales fueron editadas anteriormente en Stuttgart.

Aparte de las obras indicadas, ha escrito los melodramas *Farnese*, *Iram*, *Zoroastro* y *Otello*, destinado al célebre maestro Verdi; las novelas *L' Alfier nuovo*, *Il pugno chiuso*, *Iberia*, *Horror*, é *Il trapezio*: ha traducido infinidad de poesías de Musset, Moore y Lamartine: ha vertido admirablemente al italiano los poemas de Wagner, *Rienzi*, *Tristano e Isota*, y se dice que persiste trabajando en la composición de su ya famosa ópera *Nerone*, tantas veces anunciada y que desde largo tiempo se aguarda con impaciencia.

En la actualidad, Boito acaba de escribir el libro destinado á Verdi, *Falstaff*, que será la ópera llamada á coronar la vida artística del ilustre compositor, gloria de la Italia contemporánea.

Boito ha dado ya á Verdi dos ocasiones para desarrollar bajo formas más modernas las situaciones escénicas de las dos mentadas obras de Shakespeare, dramáticamente en el *Otello* y cómicamente en *Falstaff*, pruebas de mayor excepción en honor de nuestro biografiado que, en efecto, reune, como nadie, una gran ductilidad de ingenio, profunda cultura literaria y musical, gran conocimiento de los efectos escénicos y, por extensión, los que tienen relación con el drama lírico y sus modernas tendencias.

1891. FELIPE PEDRELL.



EL CANTO DEL POETA

Á JOSÉ MARÍA ELIA

¡Más allá! ¡Más allá! Sobre esa nube
cortina inmensa que en los aires flota,
entre el fragor de la tormenta, sube
como de un himno la postrera nota.

¡Más allá! ¡Más allá! Donde en la niebla
la mirada de Dios relampaguea
donde su aliento los espacios puebla,
donde gimiendo el huracán rastrea;

¡más allá! donde el cóndor de las breñas
esconde el pico entre las pardas alas,
allá, do tanto en tus delirios sueñas,
¡sube, poeta, á desplegar tus galas!

Allá está el sol, gigante reverbero
colgado al pie del solio del Eterno,
¡el sol! ¡de vida colosal venero
que derrite las nieves del invierno!

¡El sol! de fuego cristalino río,
de los mundos espléndido tesoro,
que se arrastra en el cauce del vacío
como un arroyo sobre arenas de oro.

Allí entona tus trémulas querellas,
allí los himnos de la fe levanta
entre el polvo de fúlgidas estrellas
que brota del Creador bajo la planta

Allí el alba despierta de su sueño,
como una virgen de rubor velada,
y allí la tempestad con torvo ceño
va á dormir en su lecho fatigada.

Allí la noche vierte sobre el mundo
su regalado aliento de rocío;
allí la luna con afán profundo
se mira en el cristal del manso río.

Allí los astros, en ignoto idioma,
modulan sus estrofas de armonía,
y la sonrisa de la luz asoma
como ensueño de amor y pöesía.

Allí los siglos en montón rehuyen,
la eternidad teniendo por alfombra,
como olas que se empujan y destruyen...
¡connubio de la vida con la sombra!

Canta allí tu ardoroso devaneo,
las creaciones que forja la ventura,
la imagen vaporosa del deseo,
la esperanza de mágica frescura.

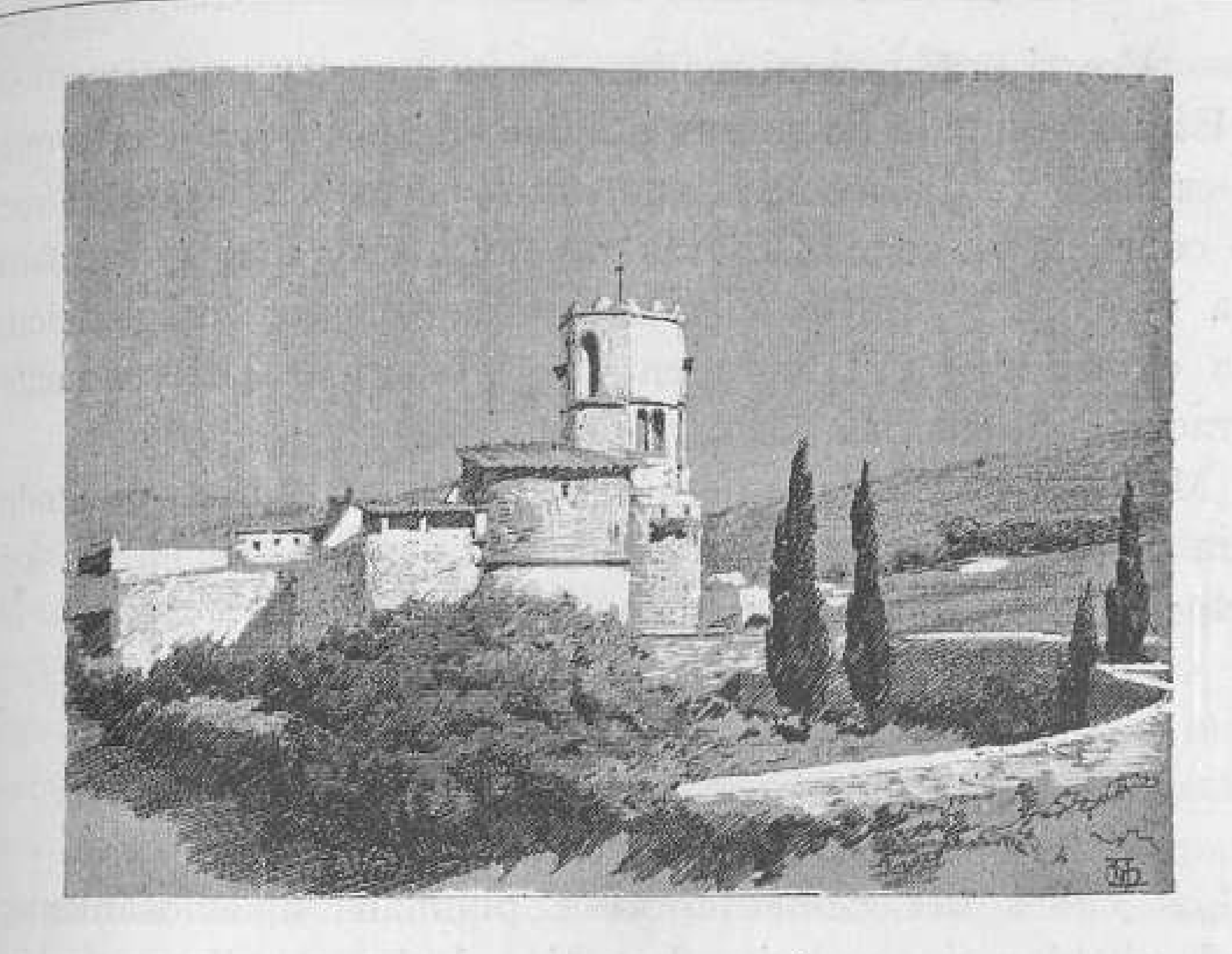
Canta el amor con su divino anhelo,
la fe con su gigante poderío,
¡la fe, que á su calor, acá en el suelo,
edén se torna el páramo sombrío!

Vierte, poeta, el inmortal destello
que en tu robusto corazón chispea,
de la eterna verdad y de lo bello
fecundo efluvio, vigorosa idea.

No cantes las blasfemias del hastío
no cantes del dolor la árida duda;
antes que hablar del descreimiento impío
¡péguese al paladar la lengua muda!

OLEGARIO V. ANDRADE.

Gualequaychú, Julio 3 de 1864.



HORAS MELANCÓLICAS

EL DÍA DE LOS MUERTOS

I

En lo alto del blanco campanario tañe lánguidamente, con su lengua vibrante, el bronce melancólico, llamando á los fieles á orar por los muertos...

Flota en el aire algo como un perfume de oración, de silencio y de reposo.

El sol, que cae á plomo sobre las blancas avenidas del cementerio, parece, con su pesadez de fuego, asociarse al duelo de los creyentes.

Los altos cipreses, con sus rígidas y verdinegras hojas, semejan inmóviles fantasmas que guardan, con solemne apostura, la inmensa quietud de las heladas tumbas.

Todo está triste, pero en el fondo de esa tristeza que gime plañidera y melancólica, se siente algo como una nota de consuelo que levanta el espíritu, algo como una suprema aspiración de los dolientes, que dicen:

—¡Voy á orar por mi madre!...

Es cierto que la tierra sepultó sus despojos, es cierto que su espíritu voló á los espacios infinitos, es cierto que su voz no consuela ya nuestras horas de dolor y de amargura; pero ella vive en nosotros, ella alienta en nuestra imaginación, ella existe viva y latente en nuestro corazón, eternamente agradecido á sus halagos cariñosos...

¡Madre mía! ¡mírame de hinojos ante tu tumba, pidiendo para tí, en premio de tus bondades, la suprema dicha de los cielos, la quietud eterna para tu espíritu superior!

. . . .

II

Las calles del cementerio se pueblan silenciosamente. Todos hablan en voz baja. Los ojos de los que llegan están rojos por el llanto. Las ropas que cubren sus cuerpos son negras y negras son las angustias que oprimen su corazón.

Traen en la mano coronas de siemprevivas simbólicas. Es la flor de las tumbas, porque es la flor que expresa el duelo inextinguible. ¿Por qué tienen todos el rostro pálido? ¿por qué sus labios se mueven imperceptiblemente? ¿por qué su paso es mesurado? ¿por qué los negros crespones ocultan el oval de la cara y sus pliegues ondulantes caen sobre el pecho, escondiendo la forma humana? Es que cuando se viene á orar, el alma se pone en contacto íntimo con Dios y Dios no aspira á ver los cuerpos, sino que impera grandiosamente sobre la pureza de los espíritus.

¿Acaso la oración es el acto pueril y material de repetir las palabras huecas escritas por los hombres? —¡No!—La oración pura y sacrosanta no se escribe;—brota del alma, como brota á torrentes la luz del astro magnífico, y no tiene forma, ni colorido, ni expresión, ni acento, sino que es algo dulcemente tierno; es una angustia serena y suave que palpita en nosotros, que nos abrasa, que enciende nuestro ser y le quema con un fuego de sagrado misticismo, que nos aparta de la tierra y que sólo nos hace volver á ella cuando

dos lágrimas, mal contenidas por una emoción y un estremecimiento involuntario, ruedan ardientes por nuestras mejillas...

¡Y en lo alto del blanco campanario la lengua vibrante de la campana dobla por los muertos!

. . . .

III

Sobre la tradición de las cosas terrenales que se transmite de un pueblo á otro pueblo, de una edad á otra edad, de una raza á otra raza, está la tradición del espíritu, que no se borra, que no se apaga, que no se hunde en el sepulcro misterioso del olvido,—ese gran pecador de la humana especie,—y que hace revivir el recuerdo de los que fueron, para quienes la antorcha sagrada arde perpetuamente en el alma de la humanidad entera, cualesquiera que sean sus dogmas, sus creencias, sus preocupaciones de secta ó de religión.

Todo se acaba y todo muere en la tierra, porque en el engranaje de los siglos ruedan todos los afectos, todas las glorias, todos los triunfos, todas las derrotas, las cosas bellas y las cosas malas, el odio y el amor;—la Historia trueca sus rumbos rectos, la Fama oculta y niega sus esplendores á quien los mereció, el Tiempo gasta con su roce imprudente el monumento ciclópeo;—pero vive siempre y no se pierde nunca ese sagrado afecto por los muertos, que todos sentimos, desde la cuna hasta los postreros momentos de nuestra vida; ese respeto incomparable y santo que nace espontáneo en el alma y que no concluye sino en la tumba;—donde irán á orar por nosotros aquellos que recibieron el ser, de la savia de nuestra vida, de la fuerza de nuestra sangre.

Ellos orarán por nosotros, como nosotros hemos orado por nuestros padres... una lágrima vertida al pie de una tumba, una flor arrojada sobre el mármol helado, una plegaria murmurada con los labios temblorosos serán la única ofrenda que recibamos después de todos los sacrificios de una vida entera de dolores, pero esa ofrenda será tan grande y tan magnífica, como son grandes los goces supremos de la vida superior...

¡Para ellos, como para nosotros, la lengua vibrante de la campana, tañendo en lo alto del blanco campanario, será la señal de que deben ir á orar por los muertos!...

. . . .

IV

Los que han perdido todos los seres que daban calor, luz y alegría á su hogar; los que se hallan solos en el mundo; los que tienen que vivir espiritualmente de afectos falsos y de caricias mentidas; los que,—como las almas condenadas al martirio eterno,—tienen que arrastrar su vida paso á paso, sin más cariños que los que su mente les crea, esos mártires de las crudas rudezas del destino, son los que deben sentir el más grande y el más supremo de los consuelos de la tierra, en el momento en que oran por el alma de los muertos!...

¡Qué dulce, qué inefable, qué sublime bálsamo se halla en la oración, cuando la oración nace del alma, cuando el cuerpo se aparta del suelo para penetrar en los inescrutables misterios de las cosas divinas!...

Todo cambia y todo se transforma en las cosas que nos rodean; el aire que se respira, la gente que cruza ante nosotros, los árboles tristes y melancólicos, los ruidos misteriosos y extraños que se escuchan, en medio del silencio majestuoso y solemne del cementerio, todo lo que podemos ver y todo lo que podemos tocar, se asocia á nuestro espíritu de una manera invencible, en una comunión extraña, pero místicamente pura, dulcemente saludable, cariñosamente afectuosa.

La indiferencia misma del sepulturero, frío ante los millares de cadáveres que deposita en la fosa, cede ante esa suprema atracción del espíritu, y no será extraño verle también cerca del muro agrietado de la ciudad de los muertos, doblar la rodilla al pie de la huesa abierta, donde yace un ser querido para él, y que la mano despiadada del destino le arrebató.

Y también él oía con el fervor sagrado de los espíritus serenos que saben pagar su tributo á los muertos, ese tributo

que se impone al alma con la fuerza irresistible de las cosas superiores.

La campana tañe melancólicamente en lo alto del blanco campanario y llama á los creyentes á orar...

Que su voz plañidera, vibrando temblosamente en los espacios, sea escuchada por todos los que perdieron algún ser querido en la tierra...

Llama á orar por los muertos, y sólo pide una lágrima y una flor para los que fueron...

¡Date lilia, date lilia! ¡arrojad los lirios á manos llenas, que su perfume llegue hasta los cielos envuelto en el perfume santo del recogimiento y de la oración!...

PABLO DELLA COSTA.

A UN HISTORIADOR

Severo historiador, tu pluma esculpe
y en tu escrito realzas la figura.
Tus frases iluminan
y tu estilo fulgura.

—

A tus pies, como heridos por el rayo,
caen ó se postran, déspotas y pillos;
y con tu hierro marcas
á siervos y á caudillos.

—

Y si llevas la antorcha de tu mente
á ese fango, en el lodo no la ocultas;
no ofendes á la víctima
ni á su verdugo insultas.

—

Y tu obra, que es austera, es obra humana,
nos educa y mejora y fortalece!
Y, sol de nuestras noches,
tu mente resplandece.

GUILLERMO MATTA.

CONFIDENCIAS



—¿Conociste á Inés Folgado
mucho antes de haberla dado
al pie del altar el sí?
—No, chico: *la conocí*...
después de habernos casado.

EPIGRAMA

—Me he batido con Andrés
y le he dejado en el sitio.
—¡Pero si acabo de verle
y está tan bueno y rollizo!
—Sí, estará, mas juro á usted
que *le dejé,* como digo,
en el sitio, pues me fuí
antes que él, con mis padrinos.

DE VUELTA

—Vén á recorrer conmigo
la hermosa ciudad en donde
contigo feliz crecí,
y la que un recuerdo, amigo,
en cada mansión esconde
para mí.

—Olvidas que el tiempo pasa,
y que el pueblo en que naciste
tanto progresando va,
que apenas queda una casa
de las que tú conociste
tiempos há.

—¿Ni la mía?—Ni la tuya.
Fuerza es que todo concluya.
Hoy en su solar descuella
una mansión poderosa.
—¡Mas no será tan hermosa
como aquélla!

—Triste es ver desvanecidos
esos recuerdos tan puros
que aquí pensabas hallar.
—Ya me son desconocidos
en mi patria, hasta los muros
de mi hogar.

No es éste mi pueblo amado;
será mejor, si tú quieres,
mas no es aquél.—Algo dura
eterno que no ha cambiado:
la gracia de las mujeres,
su hermosura.

—No las hallo tan hermosas.
—Porque has perdido las vanas
ilusiones del deseo.
—Pero ahora son virtuosas.
—Para tí, que peinas canas,
¡ya lo creo!

—

Por eso escépticos fuimos
todos en la juventud,
cuando era fácil vencer;
cuando ya no conseguimos
creemos en la virtud.
—¡Puede ser!

—

—Antes, faltas de consejo,
con miraditas amantes
á los hombres provocaban.
—Es que ya estás feo y viejo
y no te miran como antes
te miraban.

—

—Reniego de la franqueza,
que es una virtud salvaje;
¡qué afán de llamarme antiguo!
—¿También á cansarte empieza?
—Bueno es usar un lenguaje
más... ambiguo.

—

Pero dime: ¿y mi Tomasa,
aquella constante bella
que me quiso todo un mes?
—Mírala, por allí pasa.
—¿Esa horrible vieja es ella?
—Esa es.

—

—Todo degenera, todo,
los dulces, aquellas frutas
de sabor tan exquisito...
—Eso está del mismo modo;
pero tú ya no disfrutas
de apetito.

—

No hay salsa más excelente
que el apetito asombroso
de la niñez.—Es verdad;
ni belleza que no aumente
el prisma maravilloso
de esa edad.

—

Todo lo abrillanta y dora
nuestra dicha.—Y hallas triste
cuanto alegre parecía,
porque al contemplarlo ahora

dentro de tí ya no existe
la alegría.

—

—¿Cómo tenerla, si ya
desapareciendo va
cuanto mi alma formó?
De mis parientes, ninguno
aquí queda; amigos...—Uno,
que soy yo.

—

—Mas, aclara este misterio:
estos barrios no existían;
¿no hubo un cementerio allí?
—Ya no existe el cementerio
donde tus padres dormían.
—¡Ay, de mí!

—

¡Patria! yo te adoro, pero
soy aquí más extranjero
que en extranjera nación.
Si cuanto adoré perdiste,
desierta estás para el triste
corazón.

1891. F. López Benedito

FILOSOFÍA

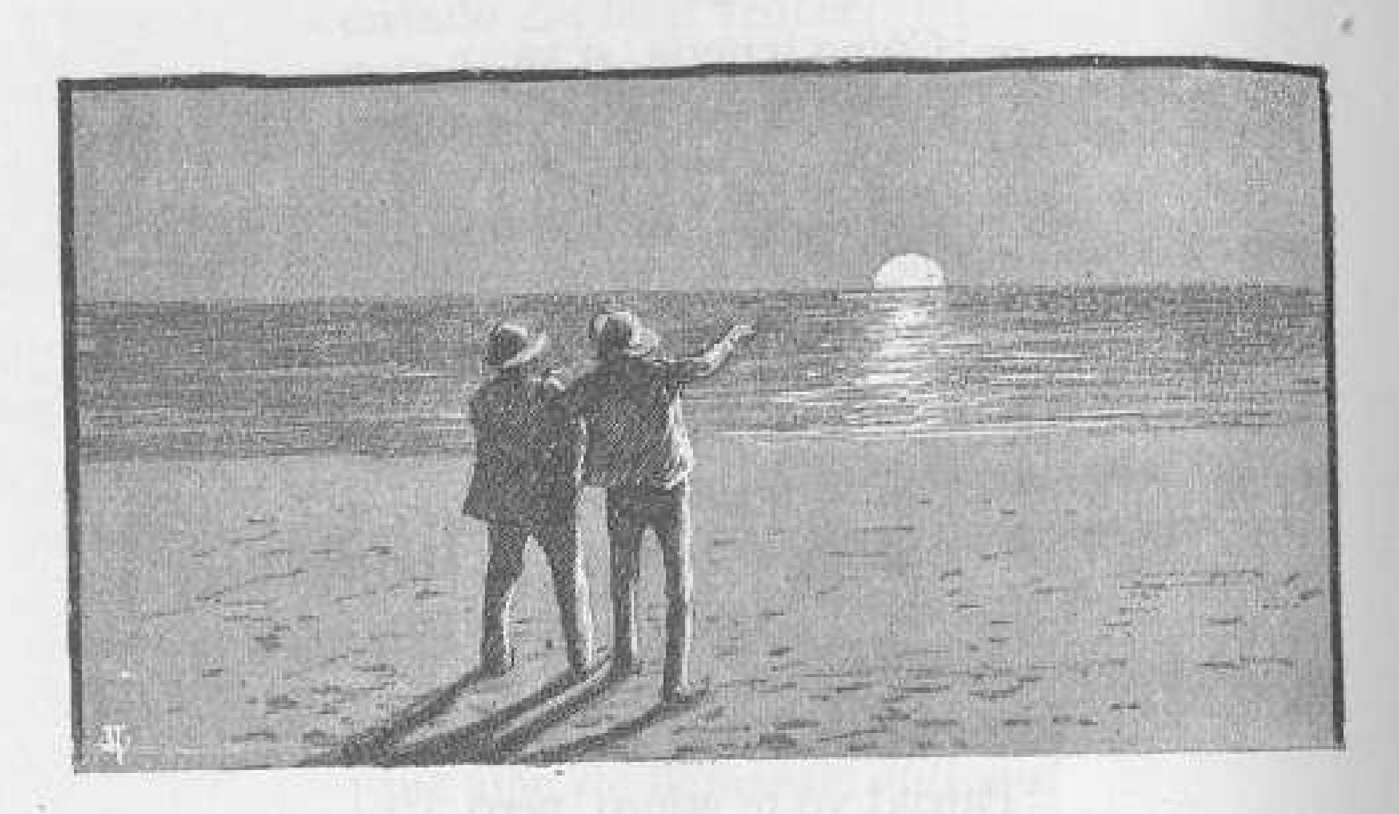
La nada de la nada: eso es la muerte.
¡Pardiez, que me divierte,
porque me deja á oscuras,
filósofos germanos, vuestra ciencia!
En Dios y en mi conciencia,
vuestras definiciones son locuras.
¡Y con un tono lo decís tan serio
tan rotundo y enfático!
Eso es hablar, señores, del misterio
como de algún axioma matemático,
así como quien cuenta
que veinte y veinte más suman cuarenta.

—

La premisa sentada
que la muerte es la nada de la nada,
corolario:—la vida, caballeros,
¿será una inmensa sucesión de ceros?

Ricardo Palma.

ASTRONOMÍA



—¿Conque usted opina, Martos,
que está habitada la luna?
—Sí, señor; sin duda alguna.
—¿Por qué?
—Porque tiene *cuartos*.

EL HOMBRE DE HOY

SONETO

Nace, y á pechos de alquiler se cría,
salvo si por pezón logra un mendrugo,
crece, y exprime de la ciencia el jugo,
mixtura de agua chirle y ambrosía.
Huyendo la razón serena y fría
busca en el apetito su verdugo,
y del vil interés, dócil al yugo,
siente, piensa, discute y desafía.
Le aguardan en su senda de amargura,
si es pobre ó malo, el hambre y el presidio;
si es soñador, la anemia ó la locura;
si es dichoso, la gota y el fastidio;
si no tiene esperanza ni ventura,
la protesta del débil: ¡el suicidio!

Manuel del Palacio.

LA SEÑORA DE ROSABLANCA

I

—Sí, amigo mío, exclamó la señora de Rosablanca, cerrando su abanico violentamente; desearía que me ocurriera algo extraordinario, algo que rebasara los límites de lo vulgar que me rodea por todas partes. Me fastidia soberanamente esta existencia monótona... En el bosque hay un recodo que veo todos los días, antes de comer, y en el cual hay siempre un caballero, que me saluda de un modo tan cortés como insoportable... ¡Daría cualquier cosa por no ver al caballero, ni pasear por el recodo del bosque! Todos los bailes á que asisto son iguales. Todas las comidas á que me invitan son idénticas, tanto en lo que se refiere á los gestos y conversaciones de los invitados, como en lo que atañe á los platos que componen el *menú*. Nuestros cocineros son como nuestros poetas: les falta imaginación; de lo que resulta que los estómagos más delicados acaban por estar hambrientos de sopa de coles. Tocante al amor, estoy convencida de que en todas partes es lo mismo. Las mujeres que cambian de amantes, se toman un trabajo inútil. No hay otra variedad que la de decir «Enrique,» en vez de «Carlos» ó «Avelino.» Yo soy amada, puesto que no soy fea... Pues bien: á todos los que me adoran se les ocurre la idea de enviarme ramilletes, que unas veces son de rosas ó gardenias y otras de... gardenias ó rosas. Y todos los ramilletes salen de casa de la misma florista y ostentan en su envoltura la misma estampilla de lacre azul. Parece que todas las pasiones que inspiro están sujetas á un régimen inalterable, como el que se usa en los presidios y en los cuarteles... ¡Oh! me desespera tanta monotonía...

Hizo la hermosa rubia una pequeña pausa, acortó la distancia que la separaba de su visitante y prosiguió:

—El deseo de salir de este círculo de vulgaridades en que vivo, me hace á veces pensar hasta en el crimen... Producir en la multitud un movimiento de asombro, de estupefacción, es mi sueño dorado, sueño que acaricio muchas noches, mientras finjo escuchar, desde mi palco de la Ópera, el dúo de *Los Hugonotes* ó el aria final de *Norma*, y mientras que, desde todos los ámbitos de la sala, me saludan los hombres y me critican despiadadamente las mujeres... Todo esto que digo le parecerá á usted una colección de extravagancias ¿no es verdad? Pues bien: seré todo lo extravagante que usted quiera y le proporcionaré un motivo más para que me aplique ese calificativo. Fíjese usted bien en lo que voy á decirle ahora... Yo, que tanto he hecho sufrir á los galanteadores de más fama; yo, que me he mostrado insensible, en muchas ocasiones, á las más ardientes súplicas y á las promesas más halagadoras, no podría negar un sentimiento de gratitud eterna al hombre que, por cualquier rasgo de ingenio, llegara á crear á mi alrededor una atmósfera de curiosidad y me hiciera objeto de la admiración de la muchedumbre...

—¿Aunque ese hombre fuera yo? preguntó tímidamente el señor de Cerigny.

—Si ese hombre fuera usted, replicó la señora de Rosablanca, mi agradecimiento sería... ilimitado.

Y después de pronunciar estas frases, envolvió á su interlocutor en una mirada enloquecedora.

II

Dos meses más tarde, era objeto de todas las conversaciones el robo cometido en una de las principales joyerías de París; robo atrevidísimo, pero que nada tenía de original... Un hombre, que rompe con el puño el cristal de un escaparate, que se apodera de la alhaja de más precio, que huye después y que es alcanzado por la policía... Pero había corrido la voz de que el procesado iba á manifestar el motivo que le obligó á cometer el robo, y decíase también que este mo-

tivo era una pasión violentísima inspirada por una hermosa dama de la sociedad elegante.

La historia de aquel amor desgraciado, cuyo epílogo iba á ser una condena de los tribunales de justicia, se refería en voz baja y daba lugar á comentarios animadísimos. El ladrón era un joven tapicero que, trabajando en casa de la señora de R..., sintió por esa distinguida señora una de esas pasiones volcánicas que hacen perder la razón, y que son tanto más terribles y avasalladoras, cuanto mayor es la distancia que separa al adorador y á la mujer adorada con delirante frenesí. El primero veíase obligado á ahogar aquel amor ardiente y á contentarse con mirar desde lejos al objeto de sus ansias. Mudo, pálido, temblando de emoción, poseído de abrasadora fiebre, seguía á su ídolo por calles y paseos; y después de algunas horas ó de algunos minutos de felicidad contemplativa, regresaba á su zaquizamí borracho de sensaciones, sediento de caricias apasionadas...

Cierta noche, en que la señora de R... iba escoltada, como de costumbre, por su humilde adorador, ocurrió una cosa que fué origen del robo cometido por aquel pobre diablo. La hermosísima dama se detuvo ante el escaparate de una joyería y fijando sus ojos en un collar de perlas que llamaba poderosamente la atención de los transeuntes, exclamó, dirigiéndose á una de las amigas que la iban acompañando:

—¡Qué alhaja tan magnífica! Sería feliz si la poseyera... Pero no puede ser... ¡cuesta mucho dinero!

El pobre diablo oyó estas frases, dichas con acento de tristeza, y la idea de apoderarse de la joya le dominó de tal modo, que no comió ni durmió hasta realizarla.

Tal era la historia que se refería en voz baja y que daba lugar á comentarios animadísimos... El vulgar ladronzuelo convirtióse en una especie de héroe y algunos periódicos *ilustrados* publicaron su retrato y su biografía. En realidad no era guapo, ni mucho menos, pero á la gente le dió por afirmar que tenía cierto parecido con un famoso tenor... En cuanto de la dama por la cual se cometió el robo, no hay que

decir que, durante algún tiempo, fué la más admirada, la más envidiada, la más célebre de las mujeres.

El día en que se celebró la vista de la causa, la sociedad elegante invadió la sala de Justicia. Un murmullo de curiosidad resonó en el amplio salón al anunciarse la entrada de la señora de Rosablanca que iba á declarar como testigo. La hermosa rubia, vestida con elegante sencillez, contestó con naturalidad á las preguntas que se le hicieron.

No recordaba haber visto al procesado, pero sí las frases pronunciadas por ella ante el escaparate de la joyería. ¡Cuánto sentía haberlas dicho! Mas, ¿quién iba á figurarse?... ¡Pobre hombre!... Confiaba en que el Jurado sería indulgente con aquel infeliz...

Al decir esto, fijó en el reo una compasiva mirada y salió de allí con paso reposado, para prolongar todo lo posible las muestras de admiración que le prodigaba el público.

III

—¿Está usted satisfecha de mi mentira? preguntó aquella noche el señor de Cerigny, estrechando la mano de la que idolatraba y dejando asomar á sus ojos una humilde petición de recompensa.

—Sí; respondió ella sonriéndose. No carece usted de ingenio para romper la monotonía de mi vida con farsas de éxito seguro... Pero creo que ha faltado un detalle... un detalle que hubiera dado al proceso mucha más sensación de la que ha tenido.

—Usted dirá, exclamó el impaciente adorador.

—No hubiera estado de más, dijo la señora de Rosablanca con acento tranquilo, que ese infeliz, al cometer el robo, hubiese asesinado al dueño del establecimiento.

CÁTULO MENDES.



FRAGMENTO

DE UN

CANTO AL BRASIL

M ujeres de tez morena
y ojos de negra pupila,
que con azul aureola
cual negro diamante brilla;
y cuando mira, parece
que la mirada suspira;
diciendo que está en el alma
la tentación escondida.
Ondas de negro cabello
abultan su sien altiva,
y la espiral de los rizos
por los hombros se desliza.
Ancho y derramado el seno,
late contando que abriga
un manantial de deseos
en voluptuosa armonía;
y en él, veladas por nubes
de encajes y muselinas,
dos ondas de un mar de leche
si no se ven se adivinan.
Gasas como niebla leve
que al solo aliento se agitan,
ciñen su fina cintura
con tanta coquetería,
que de las ocultas formas
la redondez se adivina;
y la mirada se escurre
por esas nubes malditas
que nunca el viento se lleva
y que á un suspiro se agitan:
mirada que bien comprenden
las hadas, y en su sonrisa
y en un nuevo movimiento,
su curiosidad castigan.
Posadas en sus divanes
de plumas y sedería
haciendo burla del aire
con abanicos de la India;

y embriagadas con la esencia
de rosas y clavelinas
que en la atmósfera impregnada
ni un débil soplo aniquila.
En palabra y movimiento
perezosas y aburridas
teniendo miel en el labio
y en las posturas malicia;
como si á mengua tuvieran
emplear la palabrería,
mujeres que á su albedrío
con los ojos magnetizan.
Mujeres así, en el mundo,
al extraño que las mira
si ellas dicen «Brasilianas»
él las presume Odaliscas,
que de Oriente escapadas,
llenas de encanto y de vida
corrieron al nuevo mundo
tras su libertad querida;
dejando entre los serrallos
cadenas y cachemiras,
mas trayendo su belleza,
su amor y su poesía.

José Mármol.

VERANO

Llena la sien de espigas y de rosas,
del rojo sol eterna apasionada,
la tierra, ruborosa desposada,
con él celebra dichas amorosas.
Ante el altar, las manos temblorosas
enlaza la pareja emocionada,
y pronuncian el *sí* con voz alada
céfiros y divinas mariposas.
De entre las galas de la ardiente esfera,
un himno á los espacios solitarios
todo exhala, vibrando por doquiera.
Y entre el gemir de los acentos varios,
ondula la flotante enredadera
meciendo sus azules incensarios.

Salvador Rueda.



LAS DE PÉREZ

—¿El señor Pérez?

—Servidor de usted; pase usted adelante.

—¿Sigue usted bien, caballero?

—Perfectamente, gracias; pero... ¿podría saber á qué debo el honor de?...

—Es un asunto importante, del que deseo hablemos despacio.

—Ya escucho.

—Pero ante todo... ¿cómo sigue su señora?

—Tan furiosa como de costumbre... ¡digo, no! tan famosa como de costumbre; dispense usted, ha sido un...

—*Lapsus linguæ*.

—Precisamente; un *lapsus linguæ*. ¡Qué quiere usted, ami-

go! acabo de almorzar y siempre que acabo de almorzar no sé lo que me digo... ¡salgo tan agradablemente impresionado del comedor! La felicidad es como el vino: se le sube á uno á la cabeza y le trastorna las ideas de una manera lastimosa. Conque si quiere usted explicar el motivo de su visita...

—Pues el motivo... pero permítame usted todavía otra pregunta.

—¿Otra?

—¿Y Diana?

—¿Mi hija? buena, gracias... ¿la conoce usted?

—He tenido el honor de ser presentado á ella hace pocas noches, en una pequeña fiesta dada con motivo del cumpleaños de una de sus amigas.

—¡Ah! ya sé; en casa de las de Arias; ¿verdad?

—Efectivamente, allí conocí á Diana, lo mismo que á su mamá, que me parecieron dos personas muy amables.

—¡Mucho!

—¡Lo dice usted de una manera!... ¿acaso no es usted feliz? pero comprendo que mi pregunta peca de impertinente y pido á usted mil perdones por mi indiscreción, aun cuando la falta de que me acuso sea hija, más que de una curiosidad irreflexiva, del vivo interés que siento por usted.

—Pues confieso que también usted me inspira la misma simpatía, no sé por qué, y lejos de enojarme por eso, voy á hablarle con entera franqueza... ahora que no me oye mi mujer.

—No sé cómo agradecer ese rasgo de confianza...

—¿Me pregunta usted si soy feliz? pues bien, caballero, creo que no.

—¡Qué escucho!

—Mi mujer, vista en sociedad, es una cosa, pero vista en casa, es otra muy distinta. ¡No la conocería usted! A veces me cuesta creer que sea la misma, y me pregunto, alarmado, si no me habré casado con dos. ¡Hace uno, distraído, tantos disparates!

—¿De tal modo le parece á usted distinta?

—No puede usted formarse una idea; hay momentos en

que, no creyendo que sea ella, me quedaría tan fresco, si viese que se marchaba con otro.

—Pues no comprendo...

—El caso es que estoy desesperado. En casa no se piensa más que en diversiones, y oponerme á los caprichos de mi mujer, es atraer sobre mi cabeza todas las tempestades de su cólera. Indiferente á los goces del hogar, vive en él todo lo menos posible y deja entregado el gobierno de la casa á manos mercenarias, con lo cual ya puede usted figurarse el orden y concierto que reinarán en ella. Hay días que nos



sentamos á comer á las dos de la madrugada y otros que nos desayunamos á puesta de sol. Y todo anda lo mismo. Para mi mujer y mi hija sólo tiene encanto la calle, y no hay diversión que no frecuenten, ni acontecimiento público que no sea para ellas objeto de distracción y solaz. El primer día de la pasada revolución salieron, como de costumbre, á la calle, y viendo que su ausencia se prolongaba más de lo justo, me decidí á salir yo también en busca de ellas; lleno de zozobra é intranquilidad, pues sé cuán imprudente es la curiosidad en las mujeres y cuán poco respetan á la curiosidad las balas, y después de recorrer varias calles, expuesto á tener algún desagradable encuentro con una bala de cañón que me dejase

incompleto, encontré á mi mujer y á mi hija... ¿dónde dirá usted?

—No lo adivino...

—¡En un cantón!

—¿Según eso Diana?...

—Es como su mamá, se muere por las *diversiones* y no perdona ninguna función... ¡ni siquiera las de guerra!

—¡Y parece tan tímida!

—En sociedad, ¡pero si la viese usted en casa! en casa es todo lo contrario. ¡Con decirle á usted que ni á mí me respeta!

—¿Y lo tolera usted?

—¡Qué más remedio me queda! mi mujer se pone de parte de mi hija, el diablo de parte de mi mujer, y, quieras que no quieras, tengo que sucumbir á la fuerza del número, porque la lucha en esas condiciones es imposible. Quisiera que las viese usted cuando se irritan... ¡son imponentes!

—Me deja usted asombrado... ¿Diana también? ¡una niña tan amable!

—Es la peor; hace un momento me sublevé de nuevo contra su insoportable tiranía y acaba de declararme... en estado de sitio.

—¿Pero en qué fuerza apoya su extraña y escandalosa autoridad?

—En el ejército; es decir, en mi mujer.

—Pues yo de usted resistiría.

—No es posible, caballero. Lo he intentado ya varias veces, pero siempre con éxito deplorable. Además, en mis momentos de amarga reflexión, no dejo de considerar que yo tengo en mucha parte la culpa de que mi hija no me respete, puesto que no la enseñé, desde niña, á respetarme; el cariño extremado me hizo ser tolerante con ella y me cegó de tal modo, que tomé por gracias infantiles lo que no eran más que desvergüenzas. ¡Ah! desengáñese usted, caballero: no hay venda más tupida que la que el amor pone en los ojos, ni padre más malo que el demasiado bueno.

—Dice usted bien: es más cruel el que ahorra las lágrimas á sus hijos, que el que castiga con dura mano sus faltas.

—Sí, señor, y si no, ahí tiene usted á Diana, cuyos defectos y vicios de educación harán de ella la mujer más desdichada de la tierra. Por eso ¡ay! me resigno, siempre que esto es humanamente posible, á sufrir sus impertinencias y genialidades, que no son, después de todo, más que una simple consecuencia de mi error. Sólo una esperanza me queda, como tabla salvadora, en medio de este naufragio de mi tranquilidad...

—¿Cuál?

—La de que Diana encuentre marido... ¿se sonríe usted? pues yo no lo creo tan difícil.... ¡Si viese usted qué deseos tengo de que se case! así, al menos, contaría con un enemigo menos, y quizás mi mujer, viendo algo más equilibradas las fuerzas entre nosotros, no se empeñaría en darme tantas batallas.

—Pero... ¿le conoce usted á Diana algún novio?

—Conocerlo, no; pero le busca con tal empeño, que ha de acabar por encontrarle, no me cabe la menor duda; precisamente cuando me quejo á mi mujer de que frecuente tanto la sociedad, olvidando quehaceres domésticos á que necesariamente ha de atender toda mujer que conozca sus deberes y y estime en algo su buena fama y decoro, me contesta que la chica no puede quedar para vestir imágenes y que es necesario buscar en los salones el novio con quien el destino haya pensado unirla, y aun cuando la observo que el buen paño en el arca se vende, me replica que eso era antiguamente y que hoy sólo tiene salida el *género* en el mercado social, y eso á fuerza de ponerlo delante de las narices del hombre, que cada vez parece menos predispuesto á aceptar la matrimonial coyunda.

—¿Pero cree usted que Diana se ha fijado en alguno de sus galanteadores?

—¡Fijarse! ¿se fija, acaso, la veleta, en alguno de los vientos? pero si, como gira la veleta, en la aguja de la torre, al soplo de todos los vientos, gira el corazón de Diana, en los salones, al soplo de todos los suspiros, confío en que se fijará por fin en alguno... en el primero que le ofrezca su mano, y

en que se casará, lo que sentiré únicamente por el yerno, ¡pues lo que es por mí!...

—¿Conque no cree usted que pueda hacer feliz á su esposo?

—Aunque sea muy triste para mí tener que hacer tales confesiones, fuerza es decir, ya que estamos en el terreno de la confianza, que no lo creo.

—Sustraída al influjo del medio en que vive, puede modificar sus ideas y costumbres y ser buena esposa; todo consiste en que el marido sepa ser marido, ciencia que no está al alcance de todo el mundo... y no es alusión.

—¡Bah! usted no sabe lo que puede el mal ejemplo y mi mujer se los ha dado deplorables. Mi hija no ha de modificar su carácter por nada, y antes que renunciar á los goces de la calle, preferirá mil veces lanzarse á la guerra civil del hogar. La lucha no la acobarda.

—Si el marido es más fuerte que ella...

—No hay nadie más fuerte que una mujer, cuando se irrita.

—¿Y si se le hace comprender la diferencia que existe entre las pueriles satisfacciones de la calle y los íntimos goces del hogar?

—El hogar para ellas es la monotonía y en la monotonía nunca hay encanto. Por eso, sin duda, durante el corto tiempo que tienen que permanecer forzosamente en él, procuran *amenizarla* con todo género de conflictos. Desengáñese usted, conozco demasiado á mi hija para creer en tales enmiendas.

—¿Y su señora y su hija se encuentran en este momento en casa?

—No, señor; ya están otra vez en la calle; no vienen más que á comer y á dormir... y esto, no siempre.

—¿Pero es posible que olviden hasta ese extremo los deberes que imponen el hogar y la familia?

—Sí, señor; es posible.

—Con tales costumbres, necesariamente ha de reinar en esta casa el más deplorable desorden.

—¡Figúrese usted! ya le he dicho que hay días que nos desayunamos á puesta de sol.

—No comprendo cómo su señora y su hija puedan tener tan poco cariño al hogar.

—Pues no son ellas las únicas, créame usted; el ansia de notoriedad puede en ciertas mujeres más que el sentimiento del deber, que es para ellas un verdadero *sentimiento*, y de ahí que se exhiban á todas horas. Lo que es mi mujer y mi hija han satisfecho con creces tan pueril anhelo, que todo el mundo conoce á las de Pérez. En todas partes se encuentran y no faltan en ninguna diversión. Hay temporadas en que sólo yo las veo por casualidad.

—Entonces hay que confesar que no es muy envidiable la suerte que espera al marido de Diana.

—No lo sabe usted bien, caballero,

—Y eso sin contar con que la calle es la ruina de muchos maridos, porque no se sale á ella de cualquier modo, sino que es necesario presentarse con lujo.

—Aparte de los peligros que encierra.

—Que son infinitos, como el número de majaderos que siguen á las mujeres bonitas echándolas flores.

—A nadie le gusta tanto el lujo como á Diana.

—Y si luego, en casa, no cose...

—Mi hija no ha tomado en su vida la aguja; creería deshonrarse. ¡Claro! ¡como no piensa más que en divertirse! pero así y todo, ya he dicho que no pierdo la esperanza de que se case.

—¿Tanto lo desea usted?

—No sueño en otra cosa.

—¿Y ella? ¿tendrá iguales deseos?

—¡Vaya! ¡como que es capaz de ir al altar con el primero que se le presente!

—¿Aun sin amarle?

—¿Para qué necesita amarle, si no ha de tardar en enseñarle los dientes? Pero, á todo esto, aún no sé á qué debo el honor de su visita...

—¡Bah! ya no tiene objeto; conque permítame usted que me retire.

—¿Que ya no tiene objeto? no comprendo... ¿qué quiere usted decir?